

LA GRAN FERIA DE LOS TOROS

El Ruedo



2
Ptas.

Saliendo del toril





Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

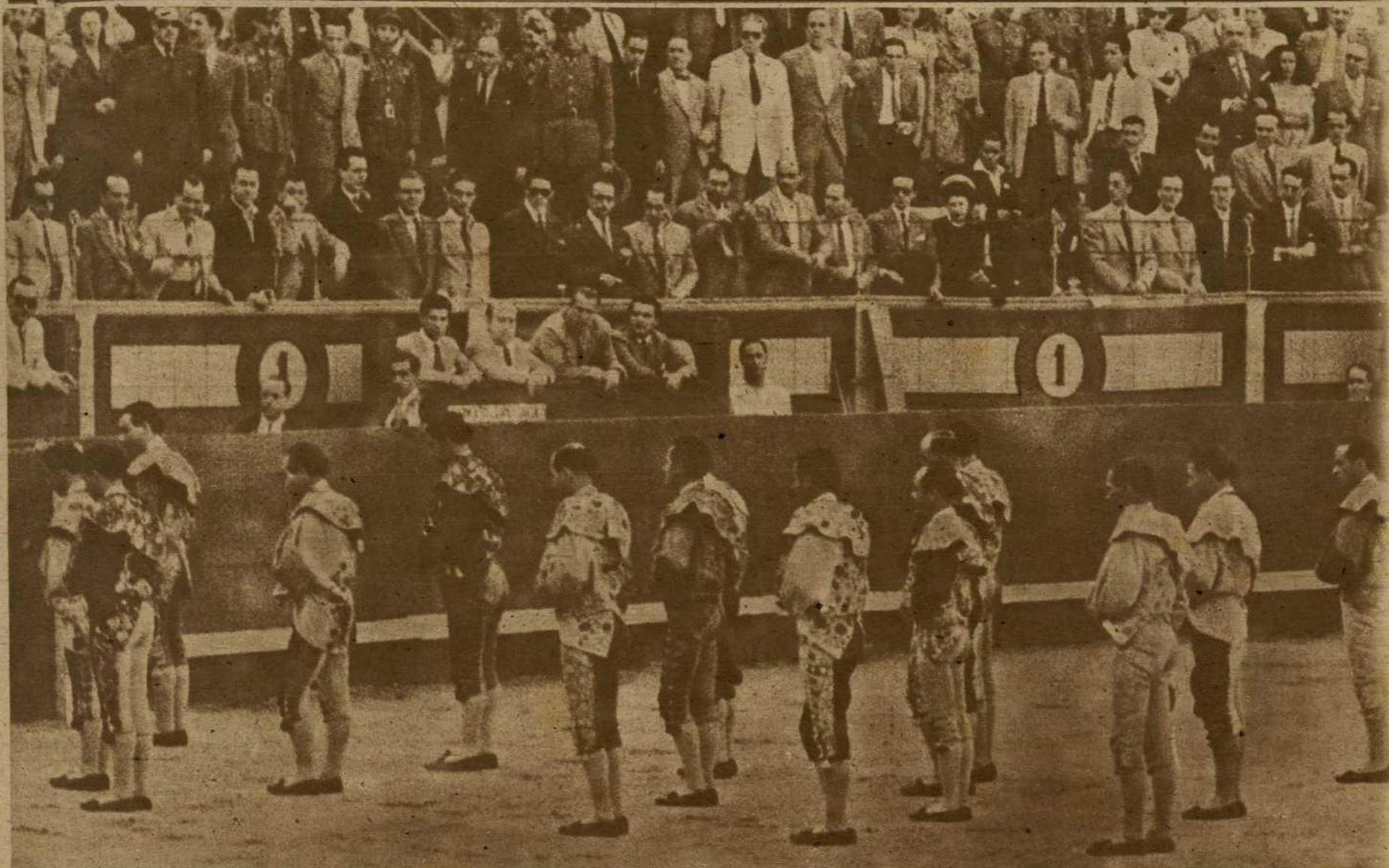
Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 25 de septiembre de 1947 - N.º 170

CADA SEMANA

Las corridas del Montepío de la Policía y de la Asociación de Toreros



Otra vez los toreros descubiertos, y de nuevo el minuto de silencio al llegar a la Presidencia. En la primera corrida de toros de la segunda temporada, el homenaje era para la memoria de «Carnicerito de México». Al frente de las cuadrillas iban, en la corrida del Montepío de la Policía, «Gitanillo de Triana», «Andaluz» y «Parrita». Solamente en ocasiones como éstas deberían los toreros hacer el paseo con la moñera en la mano. Esa costumbre modernísima de hacerlo así cuando un torero cualquiera se presenta en una Plaza, más que signo de respeto, es una demostración de desconfianza en las propias fuerzas. El torero no debe descubrirse en el paseo, sino en estos momentos de emoción o...

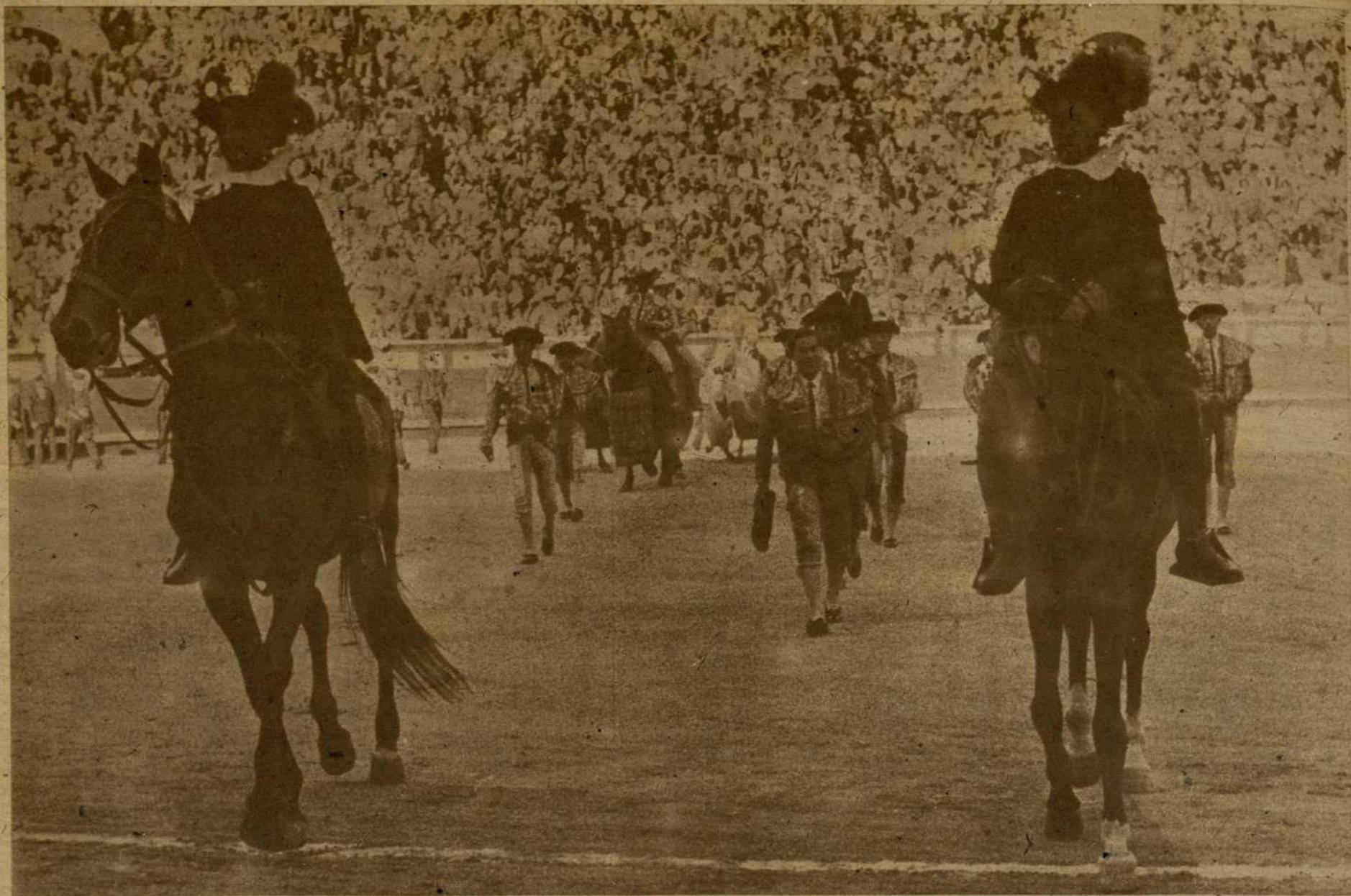
(Foto Cifra)

ANTE el resultado brillantísimo, en lo económico y en lo artístico, de la corrida a beneficio del Montepío de Toreros, es inevitable pensar en los descaminos a que lleva en muchas ocasiones lo que hemos dado en llamar, con eufemismo demasiado convencional, la «política taurina». Hasta el Montepío de Toreros llegó también, bastardeando el clima de una zona que, contrariamente a ser «de nadie», es zona de todos. Más que nunca en este año de muertes y de cogidas de los privilegiados y los modestos.

¿Qué aficionado, o mejor dicho, qué «taurino» de esos que presumen de poseer todas las informaciones de primera mano hubiera predicho hace dos meses que la corrida del Montepío la iba a torear, y como único espada, Antonio Bienvenida? Ha sido así, sin embargo, y ha representado un triunfo que pocos, esta es la verdad, esperaban. A él ha contribuido, evidentemente, el buen arte del torero madrileño; pero no menos la acogida del público, que, llenando la Plaza primero y aplaudiendo con emoción el gesto después, reforzó al torero en su

moral; que es de lo único, no de sus aptitudes de lidiador, de que Antonio Bienvenida andaba de caído. Se ve así cómo la Fiesta gana cuando nada se interpone entre el torero, que es el que se juega la vida, y el público, que sabe estimar el esfuerzo y lo premia con largueza.

Porque si en Antonio Bienvenida fué el gesto de buena hombría, en el público fué ya el clamor antes de saber lo que en la corrida iba a pasar. En esta ocasión puede decirse que el público ayudó a lances y a pases, y a que las estocadas cayese



... como en el caso de Antonio Bienvenida en la corrida a beneficio del Montepío de Toreros. Cuando avanzando solo al frente de dos cuadrillas, el público prorrumpió en una ovación, a la que ya es cortesía corresponder. (Foto Cifra)

hasta la cruz enterradas en lo más alto del morrillo.

Así fué. La característica de la corrida, aun sobre lo mucho bueno que hizo Antonio Bienvenida, estuvo en lo fácil, en lo suavemente, en lo elegantemente con que desarrolló y dió fin al difícil empeño. Antonio ahuyentó desde el primer instante toda sensación penosa de lucha y de esfuerzo. Todo pareció naturalísimo, como si no se tratara de una gran hazaña torera encerrarse con seis toros en la Plaza de Madrid, casi al final de una temporada en que el propio torero, por una cogida de curación lenta y por una serie de imponderables que será conveniente comentar alguna vez, no estaba, como se dice en el «argot» taurino, «embalado».

Por eso, el triunfo de Antonio Bienvenida ha sido tan considerable; porque de todos es sabido la buena clase de su toreo, uno de los de más calidad entre los toreros contemporáneos. Ahora ya no podrá ponerse en duda tampoco su decisión.

La corrida del domingo transcurrió en un puro aplauso. A la manera cómo Antonio toreó de capa, especialmente al tercero; a la variedad y a la gracia fina de los quites, a su constante intervenir para colocar a los toros, en suerte, a sus faenas de muleta justas, en las que intercaló pases magníficos con la izquierda y con la derecha, y a su buena ejecución en la suerte de matar. Por complacer al público, hasta banderilleó con soltura, aunque no sea éste su fuerte —ahora, porque antes frecuentaba las banderillas y lo hacía bien—, y hasta para recibir los aplausos continuados estuvo discreto, que muchas vueltas al ruedo no se han cocido sino en la mente de los que a todo trance quisieron dadas.

Con todo, para nosotros siempre importará más que lo que hizo a los toros de Antonio Pérez, declinones, a excepción del quinto, y algunos blandos de patas, el cómo lo hizo. Sin pedir un descanso, toreando casi siempre solo y en el centro del ruedo, y sin que nada apareciese forzado. Sin retorcimientos ni violencias de fácil espectacularidad.

Calle Alcalá arriba, en brazos de los entusiastas,

hasta llegar al Sanatorio de Toreros, Antonio Bienvenida se sentiría ampliamente recompensado de muchas amarguras. Hasta el Sanatorio de Toreros sólo se debe llegar así. Con un gesto amplio de generosidad, y con una sonrisa. Atrás quedaban, sin aspavientos, un éxito y muchos miles de duros para la caja de la Asociación...

El jueves anterior, iniciación de la segunda temporada del año en la Plaza de las Ventas, se verificó la corrida a beneficio del Montepío del Cuerpo General de Policía. La remoción de carteles a que ha obligado la muerte de «Manolete» y las cogidas de Pepín Martín Vázquez y la más reciente de Luis Miguel, determinaron cambios importantes en el cartel previsto. La Plaza no se llenó.

La nota de esta corrida, iniciada con la presentación de la rejoneadora Marimén Clamar, la dió «Parrita» con su faena al tercer toro de don Joaquín Buendía, uno de los tres bravos —primero, tercero y sexto— que salieron. «Parrita», que no había toreado este año en Madrid, alcanzó un éxito resonante. Como todos los toreros que torear mucho, «Parrita», después de andar un poco apagado por las primeras ferias del Norte, ha vuelto a redobrar y a lucir, especialmente con la muleta. En ese tercer toro de don Joaquín Buendía, no sabemos si el torero madrileño se propuso evocar el recuerdo del infortunado torero de Córdoba, pero todo ayuda a pensarlo. Porque «Parrita» se preocupó de seguir la huella en la forma de los naturales, en las manoletinias, en los pases mirando al tendido, fijando así su línea para las futuras perspectivas del toreo. Toreó desde muy cerca, aguantando mucho y poniendo en la faena hasta más alegría y animación que otras veces. No tuvo fortuna al matar; pero ya la gente había prendido en el entusiasmo y pidió, hasta conseguirlo, que le concedieran las dos orejas.

Volvió a estar encelado con el sexto en los pases ceñidos, en el llegar pausadamente hasta la cabeza de la res, en el mando de la muñeca, y así, cuando el toro cayó, salió en hombros de la Plaza. «Parrita» se incorporaba a Madrid pisando fuerte.

«Gitaniño de Triana» mantuvo su tono, aunque sin las actuaciones deslumbrantes de las corridas benéficas del año pasado. Lances finísimos, cargando graciosamente la suerte; pases buenos, aunque sin demasiado correr la mano, una gran compostura en la lidia y facilidad con la espada, especialmente en el primero, en que, arrastrado el de Buendía, dió la vuelta al ruedo.

«Andaluz» no tuvo suerte en el lote. Como de costumbre. Sus dos toros fueron probones y acusando excesivamente la casta. Al primero, con el que se dobló colosalmente en los primeros muletazos, lo mató de una estocada magnífica, merecedora ciertamente de mejor premio que el de dar la vuelta al ruedo, camino de la enfermería, para curarse de un fuerte golpe en el muslo que, en un hachazo, le había dado el procedente de Santa Coloma. Con el capote, lo mencionable fueron unos lances a ese segundo toro y un quite por chieuelinas en el sexto.

Interesantes, cada una por su aspecto, las corridas de los dos Montepíos, queda ahora la de la Prensa, con la reaparición de Luis Miguel después de su cogida en Melilla, también de curación lenta. Los factores del futuro del toreo, que ya iban con «Manolete» y Luis Miguel durante las ferias del Norte por determinados y firmes derroteros, vuelven a ponerse en juego. Aunque ya en declive, todavía queda temporada para que las posiciones se aclaren, sobre todo en las concepciones sobre la manera de lidiar. Hagamos votos por que sean los propios toreros quienes lo logren, sin excesivas intromisiones de los intermediarios...

Cómo pasó ANTONIO BIENVENIDA las horas del domingo, antes de encerrarse con los seis toros

NO creo que con un torero pueda cometerse mayor impertinencia que la que yo he cometido el domingo con Antonio Bienvenida: constituirme a las once de la mañana en su sombra y no abandonarle hasta después de la corrida.

Sin embargo, todo ha sucedido del modo más natural: conocí a Antonio Bienvenida el sábado, a las once de la noche; charlé con él cinco minutos y nos separamos como antiguos amigos.

NOS VAMOS A MISA

A las once de la mañana estoy en su casa. Mientras sale del baño, husmeo por su cuarto —que comparte con Angel Luis—. Contigua al dormitorio, y directamente comunicada con él, existe una capilla presidida por una imagen, en tamaño natural, de Jesús del Gran Poder. Hay una fotografía del malogrado Manolo —el mayor de los hermanos— y otra de los padres. Sobre una silla, el traje verde y oro que lucirá por la tarde. El gabinete se abre, en amplio mirador, sobre la avenida del General Mola.

—¡Ya está aquí mi espía!—dice, divertido, al verme. Pocas palabras cruzamos mientras se viste. Fuera esperan varios íntimos, que han venido a darle los buenos días. Los fotógrafos actúan, y se habla de los seis toros que le esperan en la Plaza, a los que todos conocen, excepto el torero.

La cuadrilla también ha venido en pleno a saludar al matador. Bajamos todos a la calle, y allí se dispersa el grupo. Antonio prolonga un instante la entrevista, dando instrucciones a Juanito Martín, que actúa de sobresaliente, y, por último, nos quedamos solos.

Vamos a misa. Un taxi, de esos tan desvenecados que saben andar a saltos entre los transeúntes, nos arrastra hasta la calle de los Donados, en que está enclavada la capilla del Niño del Remedio. Es la una menos cuarto. Entramos en la sacristía para informarnos de las horas en que se celebra misa, y cuando Antonio hace la pregunta, el capellán se le queda mirando.

—¡Tú eres Antonio Bienvenida!—dice, sorprendido. —Sí, Padre.

—Pues que tengas mucha suerte esta tarde, hijo mío. Ya no hay más misas aquí. En San Ginés podéis oír la de una. ¡Ah!... y arrímate mucho, que no te pasará nada. Yo pedí por tí.

CONFESIONES EN UN TAXI DESVENCIADO

Así, pues, hemos oído misa de una en San Ginés. Mientras el torero permanece sentado, sus manos están entrelazadas sobre las piernas. Yo, que espío sus menores gestos, no puedo sorprender el más leve síntoma de intranquilidad.

Otra vez en el taxi, le hago de pronto esta confesión: —Me has defraudado, Antonio.

—¿Por qué?—salta, sorprendido.

—Esperaba verte hoy nervioso, impaciente... no sé... Ríe fuerte, y seguimos hablando animadamente de mil cosas ajenas a los toros: hablamos de películas, me habla él de su novia, yo le hablo de la mía.

—He oído decir que los toros te han castigado mucho... —Siete cornadas en seis corridas—contesta lacónico.

La más grave, la de Barcelona, en que, después de la cornada del vientre, me recogió el toro y recibí otra junto al recto. Esta fue gravísima. Le sigue en importancia la de Madrid, de este año. Pero... ¡vamos a hablar de otra cosa!

Nuestro taxi da un gracioso salto hacia la derecha, otro hacia la izquierda y, por fin, se posa ante la casa de Bienvenida.

Cuando llegamos le están esperando don Luis de Armillán y don Felipe Sassone. Salimos a la terraza y formamos unos grupitos. Dispara Zarco, dispara Santos Yubero.

Nos vamos otra vez a la calle. Quiere visitar a su novia, y no está dispuesto a que me separe de él. Decididamente, se ha convertido en un entusiasta colaborador en mi espionaje.

PASEO AL SOL. ¡BUEN DÍA DE TOROS!

Después de la visita paseamos a pie. Son las dos y media de la tarde; dentro de poco se abrirán las puertas de la Plaza, que, como todo el mundo sabe, "se abren" dos horas antes de comenzar el espectáculo; los aficionados están a punto de encender su puro, y el torero camina por la calle charlando animadamente con su hermano y conmigo. Así, cuando se detiene un momento y dice con entusiasmo:

—¡Vaya día de toros que hace, Angel Luis!—su tono es el de un señor cualquiera que tiene la localidad en el bolsillo y espera divertirse... ¡desde el tendido!

LA COMIDA

Mientras aguardamos la comida, charlamos sin gran animación don Manuel Tofres, don José Alarcón y yo. Antonio, que ha salido defendiendo: "Voy a ponerme fresco", vuelve en bata y dice tan campante:

—Ahora que no hay señoras, voy a contaros un chiste...

La entrada de don Manuel interrumpe el discurso. El torero le mira y exclama desolado:

—¡Ya no puede ser! Al ver llegar la comida, exclama con envidia:

—¡Cómo os vais a poner de comer!—y se aleja con pungido.

El no ha tomado más que un vaso de zumo de uvas.

Doña Carmen, sin tomar nada, preside la mesa. Don Manuel intenta infructuosamente animarla a comer algo. Angel Luis, que —según me ha confesado— está convencido de que su hermano va a armar el alboroto en la Plaza, es el más tranquilo de la familia. Entre tanto, Antonio, en la terraza inmediata, como si ni por un instante quisiera sustraerse a mi impertinente vigilancia, juega con "Barbas" (diminutivo de "Barrabás"), un perro cordial, afectuoso y juguetón. Uno de esos perros que le muerden a uno amistosamente el pantalón, le arrancan los botones de la americana, le tiran de la corbata y le pasan la lengua por la mejilla.

¡A VESTIRSE!

Empiezan a llegar amigos; don Antonio Pérez, de San Fernando, que es el ganadero de la corrida.

Mientras los demás tomamos café, Antonio se retira unos instantes a reposar. Tendido en la cama le encuentro cuando me dirijo a su dormitorio. Manolo, el mozo de espadas, prepara la ropa.

—Ya es la hora—le dice al torero.

Estamos los tres solos en la habitación.

—Yo creía —digo— que la habitación del torero estaba llena de amigos mientras él se viste.

—Y se llena. Ya verás dentro de un momento.

—Será muy molesto—le digo.

—No lo creas. Al contrario. En estos momentos siempre es agradable tener con quién charlar.

Como si nos hubieran estado escuchando, empiezan a llegar amigos, esos amigos que quieren desearle buena suerte antes de encaminarse a la Plaza. Todos tienen el taxi abajo; entran un momento, abrazan al torero y se marchan precipitadamente porque la hora se les echa encima.

Mientras Antonio besa las medallas que su madre ha prendido en la chaquetilla, Manolo la sostiene y participa en la escena con religiosa unión, la vista fija en el suelo. A continuación le ayuda a ponerse. Ya está vestido. Ahora pasa a la capilla y ora unos instantes. La media docena de personas presentes participa de la emoción del momento.

Al salir, toma la montera de la silla en que está depositada y salimos andando sin decirnos una palabra. Un instante le pierdo de vista; mientras entra a despedirse de su madre.

NOS VAMOS A LA PLAZA

La cuadrilla espera en la calle metida en el auto. Cuesta trabajo abordar el vehículo, rodeado por unos cientos de admiradores.

Ocupamos el coche, además de Antonio, "Magritas", Miguel Palomino, Antonio Checa —que son sus banderilleros—, Manolo, el mozo de espadas, y el autor de este reportaje.

Calle de Alcalá arriba, alguien de la cuadrilla refiere un suceso gracioso que no obtiene gran éxito. Se habla poco. Hay un momento de euforia para los ocupantes del auto a la vista de la animación que hay en la Plaza.

SEPARACION Y TRIUNFO

Suena el clarín. Antonio se ajusta el capote de paseo —un capote grana y oro que perteneció a su hermano Manolo—, le doy un abrazo, el último que recibe antes de salir al ruedo, y nos separamos. Yo me voy al palco de la presidencia; él... ¡quién sabe! Nadie es capaz de saber a dónde va un torero cuando pisa la arena.

Del éxito obtenido por Antonio hablarán en su lugar los cronistas. A mí no me compete, y aunque fuera de mi incumbencia, no sé si sería capaz de hacerlo. He pasado la peor tarde de toros de mi vida y al mismo



En la mañana del zascandileo que vivimos con Antonio Bienvenida el día de la corrida, no faltó la visita a unos amigos de su intimidad. Allí se nos unió Angel Luis, que ya no nos abandonó hasta regresar a su casa.



El almuerzo del torero. Sus amigos nos han obsequiado con un aperitivo. Antonio toma un vaso de zumo de naranja y no volverá a tomar más alimentos antes de la corrida.



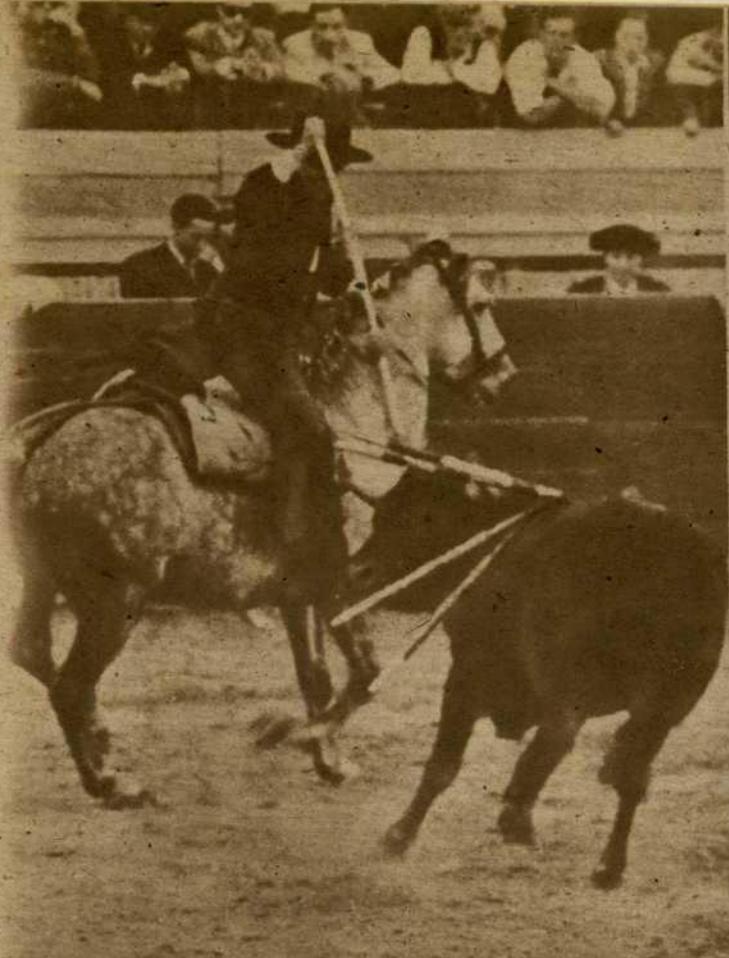
Eran casi las tres de la tarde cuando Zarco obtuvo esta instantánea. En los establecimientos públicos se notan los primeros síntomas de esa efervecencia que se produce en las últimas horas que preceden a la corrida. Antonio, que debe vivir los momentos de mayor tensión nerviosa de su vida profesional, pasea tan campante con su hermano Angel Luis y Menéndez Chacón. Este es el momento en que dice: «¡Vaya tarde de toros, Angel Luis!» Por eso, nuestro colaborador le mira tan sorprendido. (Fotos Zarco)

tiempo la mejor. Relacionarse con un torero, simpatizar con él hasta el extremo de forjar en pocas horas, precisamente las que precedieron al peligro, una amistad, y después verle torear, es cosa poco recomendable para mis pobres nervios.

MENENDEZ CHACON

TOROS EN REQUENA

Un novillo de Sánchez Fabrés, para el duque de Pinohermoso, y seis de Bernaldo de Quirós, para Domingo Ortega, Pepe Bienvenida y "Morenito de Talavera"



El duque de Pinohermoso durante su brillante actuación en el novillo de Sánchez Fabrés, después de haber clavado dos magníficos pares de banderillas

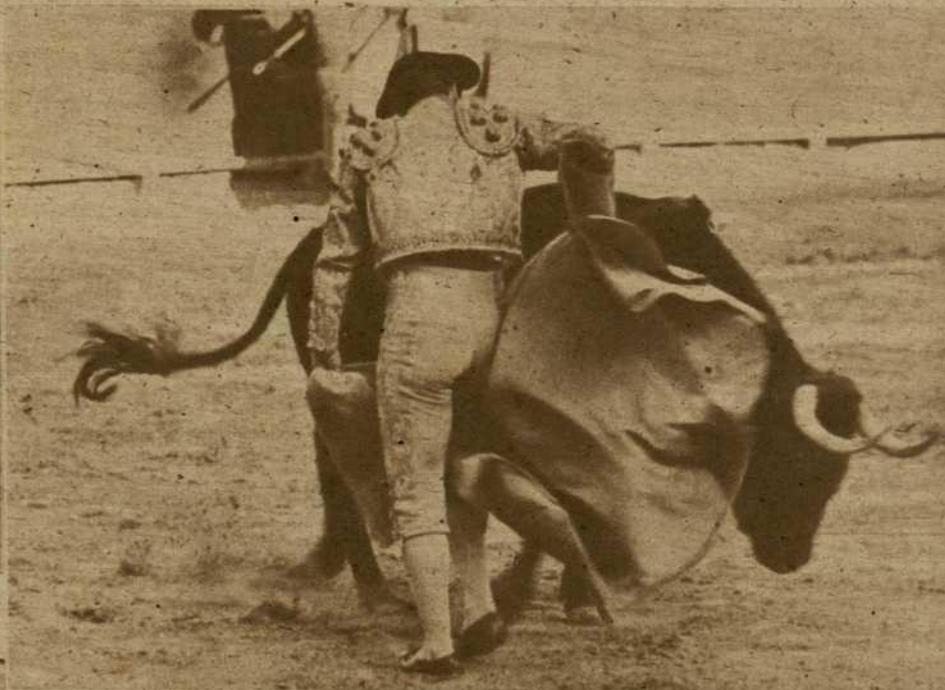


A pie, el duque de Pinohermoso pasa al novillo con quietud y temple



Domingo Ortega iniciando una de sus faenas de muleta

Pepe Bienvenida en una chiquelina



Pepe Bienvenida, adornándose en el toro del que cortó la oreja

Un pase por alto de "Morenito de Talavera" (Fotos Palanca)



PRIMERA DE FERIA EN LOGROÑO

**Seis toros de Carlos Núñez,
para "Parrita", "Rovira" y
Paco Muñoz**



Agustín Parra comenzando su faena al primer toro de Núñez



También «Rovira» intenta hacer el «teléfono»



Un ayudado por alto de «Parrita» en la primera de feria

Paco Muñoz remata un quite con media verónica

El argentino en un buen ayudado por alto a su segundo

Un ayudado del torero castellano en la primera de feria
(Fotos Palyá)





Pepe Luis inicia la faena a su primero.



Un pase de pecho de Pepe Luis

LA SEGUNDA DE LA FERIA DE LOGROÑO
Toros del Conde de la Corte
para
PEPE LUIS VAZQUEZ,
"ANDALUZ" Y MUÑOZ

"Andaluz" entrando a matar

El picador en situación peligrosa y los tres matadores al quite



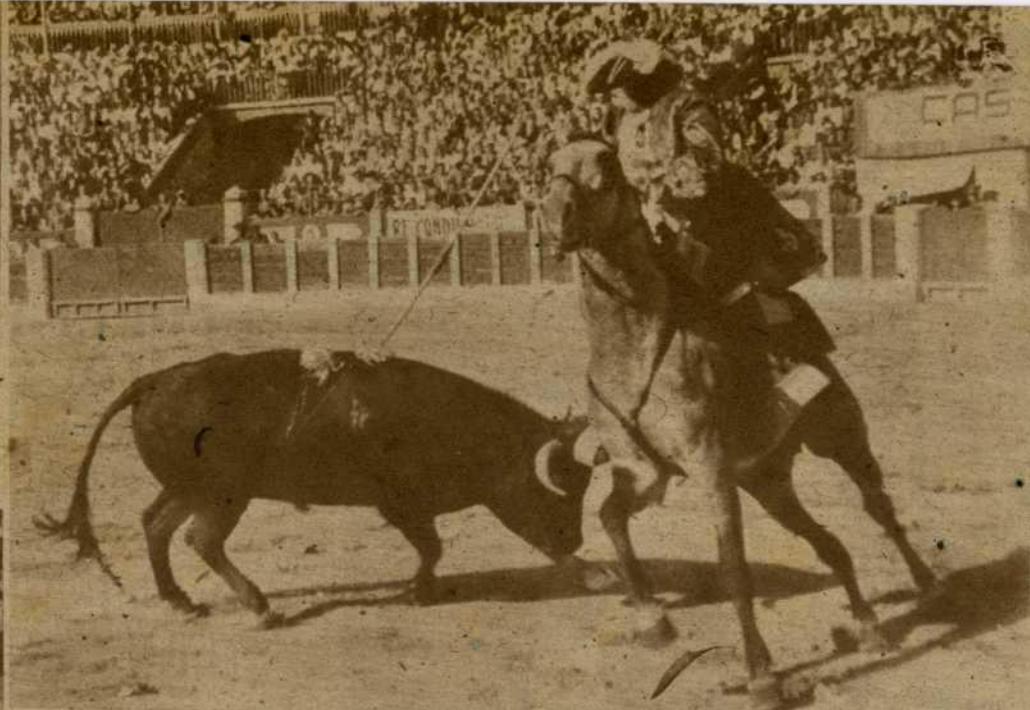
Un pase de Paco Muñoz



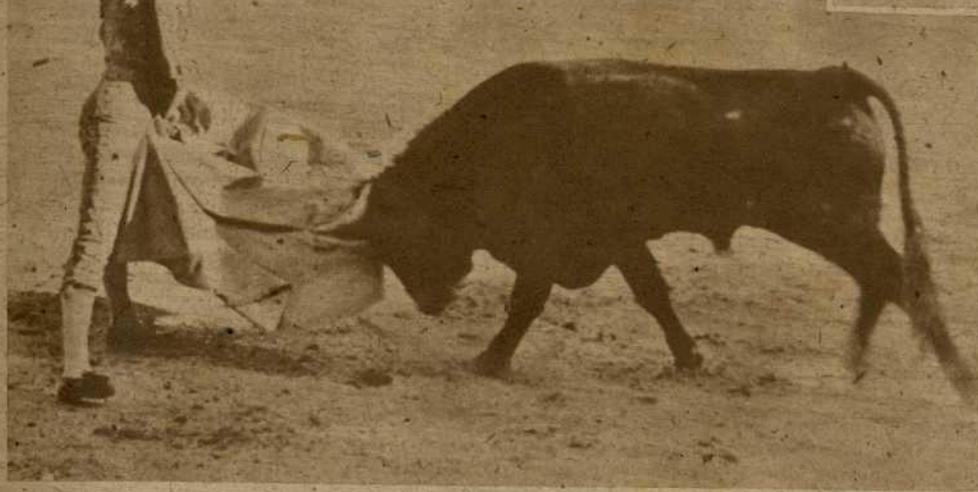
"Andaluz", torcando de caps

La cuarta de feria en Valladolid

**Dos novillos para Marimén Clamar
y el portugués Canastra,
y seis toros de Albarrán, para
Manuel Escudero, "Albaicín"
y "Belmonteño"**



La rejoneadora argentina Marimén Clamar, que fué muy aplaudida



Manuel Escudero, que estuvo bien en sus dos toros, en un buen lance



«Albaicín» en un muletazo por alto a su primer toro

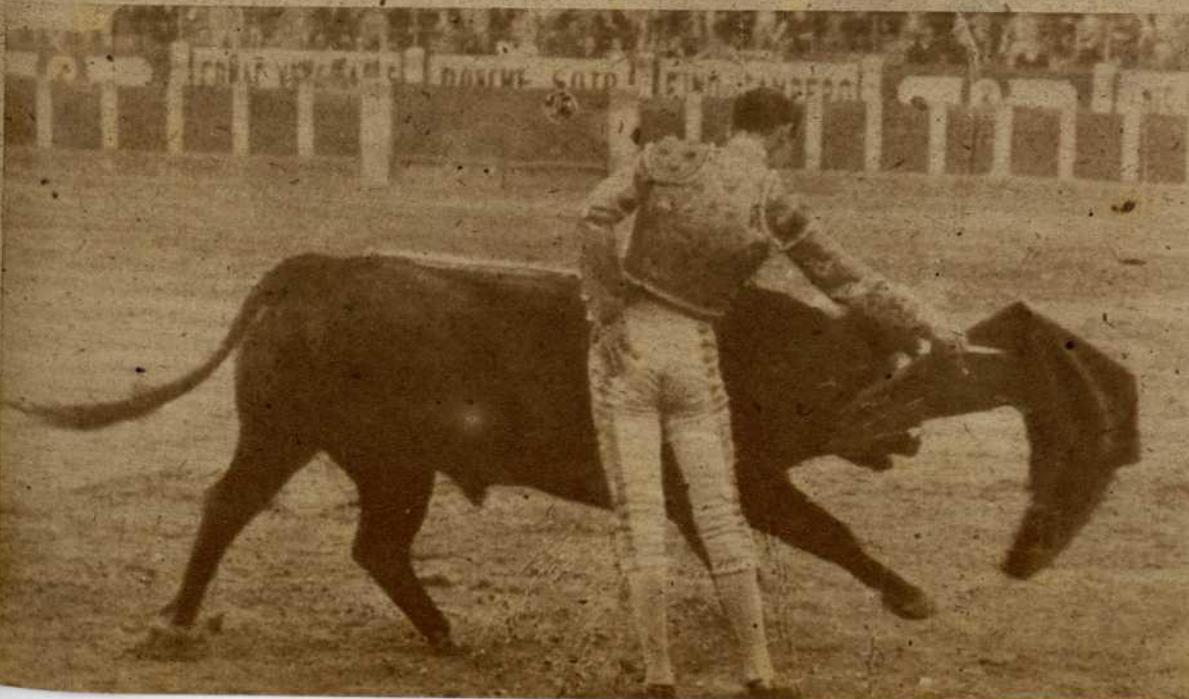


El torero gitano en una manoletina al segundo



«Belmonteño» en un muletazo a su primero

Lorenzo Pascual en un muletazo por alto al tercero
(Fotos Cacho)



La verdad sobre la infancia y la primera juventud de «Manolete»

“YO FUI PARA ÉL COMO UN SEGUNDO PADRE”

HABLA DON FEDERICO SORIA CASANOVA, HERMANO POLITICO DEL GENIAL TORERO



«Manolete» el día de su Primera Comunión

A propio intento hemos dejado hablar a personas que tienen un relativo derecho para ello: En torno a la vida de los héroes, la gente —los que le conocieron, los que dicen que le conocieron y los que ni tan siquiera cambiaron con él el más simple saludo— suelta la espita de su fantasía. En estas fechas hemos asistido a un verdadero pugilato de declaraciones. «Yo fui su amigo íntimo», objetan unos; «A mí, cierto día me confesó esto»; «Yo lo sabía por él» presumen otros. Y se habla y se habla —muchas veces sin ningún reparo— y se cuenta —cada cual a su modo— la vida del héroe, tergiversando hechos ciertos en aras de la fantasía y del deseo exhibicionista.

Por eso, repetimos, nosotros hemos querido dejar correr ese fárrago de declaraciones que sobre la infancia del pobre «Manolete» se han publicado, para ahora traer a las páginas de EL RUEDO a quien «de verdad» lo sabe todo porque ha vivido junto a Manuel Rodríguez Sánchez los días de la niñez y primera juventud del que más tarde había de ser «astro» taurino. Esta persona es don Federico Soria Casanova, hermano político de «Manolete», puesto que está casado con la hermana mayor del fallecido diestro, doña Dolores Molina Sánchez, y padre del actual novillero Rafaelito Lagartijo, en el que «Manolete» tenía cifradas todas sus esperanzas. A aclarar muchas afirmaciones erróneas van encaminadas, pues, nuestras preguntas:

—¿Qué edad tendría «Manolete» cuando usted se puso en relaciones con su hermana?

—Unos cinco años. Vivía en la calle Pérez Galdós, número 8. Poco después murió su padre, el 4 de marzo de 1923. Manolo no había cumplido los seis años. Puede decirse que desde entonces yo fui un segundo padre para él...

—¿Y usted asistió a su primera educación?

—Sí. A los seis años se le puso en el Colegio de los Padres Salesianos en calidad de mediopensionista. Le costó bastante trabajo separarse de su madre, a la que siempre tuvo gran cariño. Era Manolo muy casero. Por eso, tal vez, tendría un carácter tan retraído.

—¿Quiere relatarnos algunos hechos de aquellos tiempos?

—Yo servía en el cuartel del regimiento de Caballería. Como la calle de María Auxiliadora, donde está enclavada la Residencia de Padres Salesianos,

era mi paso obligado, yo lo dejaba muchos días en el colegio. Y por cierto que me costaba bastante trabajo. Algún profesor tenía que persuadirle para que se quedase. El chico se agarraba a aquel sable que por entonces usábamos los soldados de Caballería y no había forma de deshacerse de él.

—¿Y no mostraba aficiones desde pequeño a ver «papeles» de toros?

—No, en absoluto. Pero si observamos que, burlando la vigilancia de sus profesores, hizo dos o tres escapadas del colegio, en compañía de unos primos suyos. Entonces decidimos que ingresase de interno en los Salesianos.

—¿Y estuvo mucho tiempo en el colegio?



Una fotografía inédita de la infancia de «Manolete»

—Sobre los once o doce años se examinó de ingreso, pues su madre quería que hubiese estudiado el grado. Pero en seguida se declaró en él la afición a los toros. Se reanudaron las escapadas, con los primos, con otros aficionados... Muchas noches llegaba a casa completamente deshecho; la ropa convertida en jirones... Le descubrimos en bastantes ocasiones encerrado en una habitación practicando a solas el toreo delante de un espejo...

—¿Y prestó la familia atención a esas aficiones del chico?

—¿Qué se le iba a hacer! Pero Manolo era de cons-

titución física endeble. Él, durante las vacaciones del colegio, había pasado con nosotros, ya casados, temporadas en una finca de Ecija, cuyo arrendamiento yo llevaba entonces. Allí precisamente, en Ecija y en Ubeda, le gestioné yo dos novilladas. Más tarde dejé la labor del campo y adquirí unos camiones de transportes. Creí que el ejercicio sería bueno para él. Y le propuse venir conmigo, para «hacer músculo».

—¿Cobraba algo Manolo por su trabajo?

—En absoluto. Yo tenía un chófer y cuatro ayudas en cada camión. Pero él se peleaba por que le dejaran cargar las piedras más gordas. Por la noche regresaba rendido. Pero no se olvidaba de recomendarme antes de acostarse: «¡Que no me dejes de llamar mañana, Federico!» Y por su tesón fué adquiriendo fuerzas.

—¿Entonces, es incierto cuanto se ha dicho de que «Manolete» había sido albañil?

—Falso. Ya he dicho que estuvo conmigo y por voluntad propia, porque le convenía para la profesión que acariciaba. Tuve en Los Arenales la contrata de piedra y me acompañó Manolo. Luego fuimos a la carretera de Almodóvar del Río, a las fincas «La Gorgoja» y «Las Pitás», esta última de «Machiquito».

Con estas palabras queda bien sentada la ejecutoria del joven Manuel Rodríguez Sánchez. Nunca fué albañil. Ni asfaltador de carreteras. Realizó ejercicios rudos como pudo haber jugado al fútbol o haber alzado pesas. Ahora preguntamos al señor Soria sobre los primeros pasos de Manolo.

—Bien conocidos son. Fué becerrista. Más tarde, su madre —la que, dicho sea de paso, nunca estuvo «en las últimas», como se ha asegurado— consiguió, en vista de las aficiones del chico, que le apoderase don José Molina Abela, un yerno de «Guerrita». El le preparó la presentación en Tetuán. Más tarde, yo, deseando lo mejor para mi cuñado, pensé nombrarle un apoderado en Madrid. Mi primera intención fué escribirle a don Arturo Barrera (que en paz descanse); pero consulté con mi íntimo amigo, el excelente aficionado don José León, y los dos coincidimos en que el ex matador de toros cordobés José Flores, «Camará», podría conducir bien a «Manolete». Sabíamos de su gran afición y de su profundo conocimiento de las cosas de la Fiesta.

—¿Y le expuso usted el proyecto a Pepe Flores?

—Efectivamente. Le hablé. El ya le había «sacado» en una corrida nocturna en Córdoba, de la que era Empresa. «Camará» tomó con cariño el ofrecimiento, pero en firma no se comprometió a nada. «Yo le ayudaré y haré por él todo lo que pueda», ¡Si viera usted lo contento que se puso Manolo cuando se lo dije!

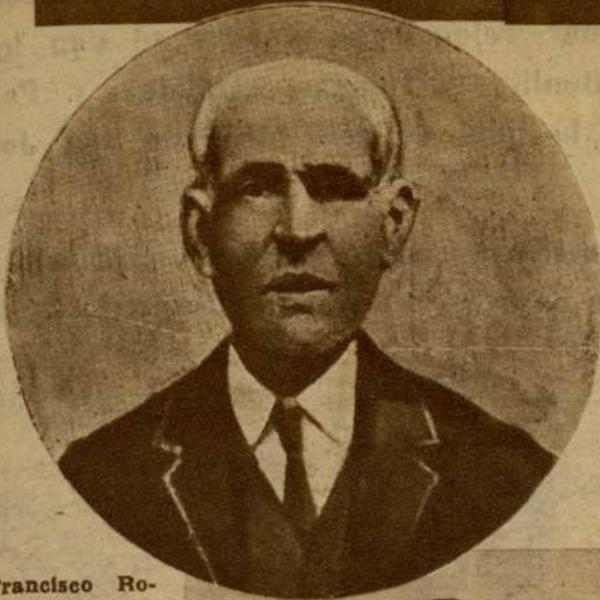
—¿En qué fecha fué aquello?

—A raíz del año 1946. Después, «Camará» y Manolo torearon juntos varios festivales. Y tanto se compenetraron, que han sido un verdadero ejemplo de respeto, de lealtad, de cariño sincero y entrañable. Lo que pasó de entonces a la fecha ya lo sabemos todos. Está muy divulgado.

En efecto. Está muy divulgado. Pero lo que no lo estaba —y convenía decir a todos los vientos para deshacer errores de bulto— es esto que hoy nos cuenta don Federico Soria Casanova, hermano político de «Manolete», que fué para el llorado diestro como un segundo padre...

JOSE LUIS DE CORDOBA

La familia torera Rodríguez, de Córdoba



Francisco Rodríguez, «Caniqui», a los setenta años de edad



Manuel Rodríguez, «Mogino Chico»

El primero de ella fué un picador apodado "El Tato". Y el último, figura cumbre del toreo

Fué un banderillero finísimo, y su constante permanencia al lado de «Guerrita» constituye su mejor elogio.

El segundo de los «Mogino», Juan Rodríguez, vió la luz primera en Córdoba en marzo de 1870. Perteneció, como banderillero, a buenas cuadrillas, y desde la época de novillero hasta 1908 trabajó con Rafael González, «Machaquito», quien le estimaba mucho, no sólo por sus excelencias toreras, sino por sus buenas cualidades.

El 26 de julio de 1908 se presentó en Madrid, como novillero, Manuel Rodríguez, «Mogino Chico». Despachó los novillos de Veragua «Coracero» y «Barquero».

Gustó mucho su trabajo, y los cordobeses creyeron que tenían un gran torero en puerta; pero dos cogidas muy graves le restaron energías, y el hijo tercero de «Caniqui», que, como sus hermanos, había nacido en Córdoba, el 9 de enero de 1885, se derrumbó profesionalmente, y quien pudo ser mucho no llegó a ser nada.

«Mogino Chico» había figurado antes como banderillero en la cuadrilla de Niños cordobeses, de la que fué espada su familiar Manuel Rodríguez, «Manolete», padre éste del que actualmente llora la afición taurina.

Estos son, queridos lectores, los cinco Rodríguez cordobeses, también toreros, ascendientes y colaterales de «Manolete», que en los actuales momentos han sido olvidados por los biógrafos del que supo elevar el rango de la famosa familia torera hasta las más altas cumbres del Himalaya taurómico.

DON JUSTO

CON motivo de la tragedia taurina de Linares, diferentes escritores se han ocupado del linaje torero del infortunado diestro «Manolete», cometiéndose inexactitudes y omisiones, con las que involuntariamente han empequeñecido la estirpe de los Rodríguez cordobeses, lidiadores que en los anales de la Fiesta brava han dejado indelebles huellas.

Se ha dicho que el primero de esta torerísima familia fué el matador de toros José Dámaso Rodríguez y Rodríguez, «Pepete», muerto por el toro «Jocinero», de Miura, en la Plaza de la Puerta de Alcalá, de Madrid, el 20 de abril del año 1862, primera corrida de la temporada.

Nada más lejos de la verdad.

Durante veinte años estuvo actuando como picador un corpulento mozo cordobés, nacido en el barrio de la Merced, gran jinete y excelente artista, llamado Francisco Rodríguez, «El Tato», figurando en las cuadrillas de Francisco González, «Panchón», y Antonio Luque, «Camará», sus paisanos, y en las del famoso «Curro Cúchares» y Juan Yust.

«El Tato» estuvo en auge por el año 1840 y 45.

Sobrino de él, «Pepete», cuando éste contaba dieciocho años de edad, abandonó su profesión de traficante en ganados para dedicarse al toreo, y después de un rudo aprendizaje en capeas y tentaderos, por recomendación de su tío, empezó a actuar como banderillero a las órdenes del susodicho «Camará», siendo éstos los principios del desgraciado José Dámaso.

Por consiguiente, el cordobés «El Tato», y no «Pepete», como se ha escrito, fué el tronco de la taurina familia de los Rodríguez, de Córdoba.

Se ha publicado que «Pepete» tenía un hermano banderillero, Manuel Rodríguez y Rodríguez, «Manolete», padre de los después matadores de toros José Rodríguez, «Bebe Chico», y Manuel Rodríguez, «Manolete», autor éste de los días del desventurado diestro víctima del miureño «Islero», cuya desaparición del mundo de los vivos lamentan hoy los aficionados.

Rigurosamente exacto.

Pero por desconocimiento u olvido, del árbol genealógico de los «Manolete» se ha desgajado una rama familiar que en la historia de los lidiadores cordobeses tiene gran importancia.

Nos referimos a «Caniqui» y a sus tres hijos, los «Mogino».

Hijo del citado picador «El Tato» y primo hermano de «Pepete» y del primero de los «Manolete», Francisco Rodríguez, «Caniqui», nació en Córdoba

el 15 de agosto de 1832.

A los catorce años empezó a torear al lado de «Pepete» y a los diecinueve ingresó en la cuadrilla de Antonio Luque, «Camará». Trabajó una tarde a las órdenes de Julián Casas, «Salamanquino» y en 1857 volvió de nuevo con su primo, permaneciendo con él hasta el momento de ser herido mortalmente por el toro «Jocinero».

«Pepete», pues, llevaba en la cuadrilla, no sólo a su hermano «Manolete», sino a su primo «Caniqui», en la luctuosa tarde que ahora se ha desempolvado con motivo de otro suceso análogo, en la que otro miura jugó un principal papel.

Continuando con el bosquejo biográfico de «Caniqui», después de la muerte de su primo toreó durante seis años a las órdenes de Antonio Carmona, «Gordito», retirándose de la profesión por padecer una afección a la vista. Peón de brega inteligente, como banderillero era su suerte favorita la colocación de los pares de banderillas a topa carnero.

En 1875 organizó y dirigió la famosa cuadrilla de Niños cordobeses, en la que figuraron cuatro que llegaron a ser grandes lidiadores: Rafael Guerra, «Guerrita»; Rafael Bejarano, «Torero»; Manuel Martínez, «Manene», y «Mogino I», este último, de los tres hijos toreros de «Caniqui».

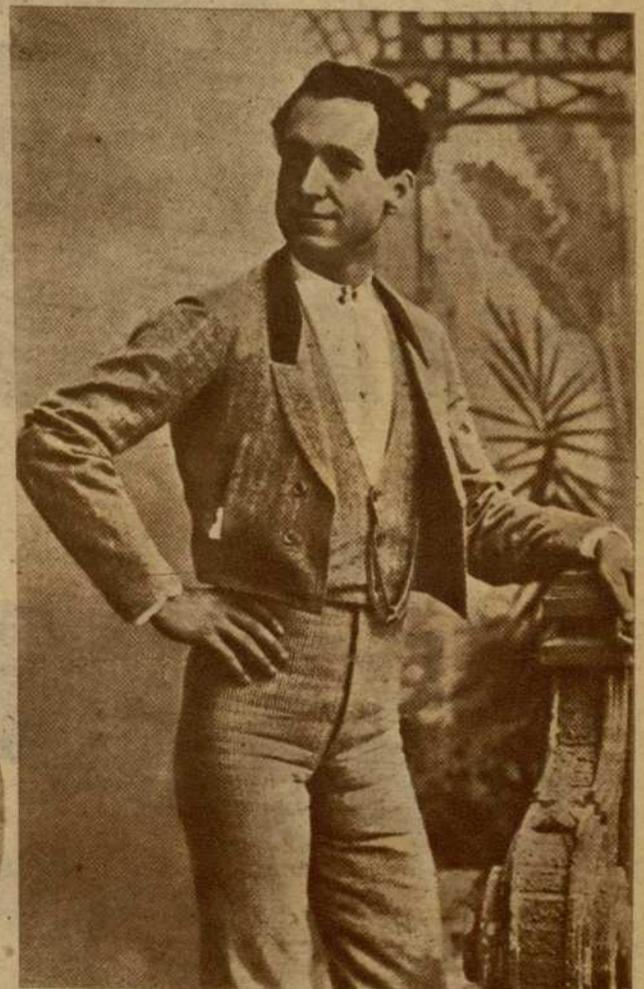
Rafael Rodríguez y Calvo, «Mogino», nació en la moruna ciudad el 5 de mayo de 1862 y murió el 17 de agosto de 1896.

Banderillero de «Lagartijo», al tomar «Guerrita» la alternativa, el 29 de septiembre de 1887, «Mogino» pasó a formar parte de su cuadrilla, y en ella permaneció siempre hasta el 31 de mayo del 1891, en que un toro de Udaeta, lidiado en Madrid, le pisoteó horriblemente, causándole lesiones que determinaron su alejamiento del toreo.



Rafael Rodríguez, «Mogino»

Juan Rodríguez, «Mogino II»



LA CORRIDA A BENEFICIO DEL MONTE



En estas corridas de final de la temporada se ha repetido la escena de que los toreros desfilaran descubiertos, y al llegar hasta la Presidencia, guardasen un minuto de silencio. El homenaje de este jueves, día 18, fué rendido a la memoria del infortunado «Carnicerito de Méjico»

Marimén Clamar rejoneó un novillo de don Ignacio Sánchez, y «Gitanillo de Triana», «Andaluz» y «Parrita» alternaron en la lidia de seis toros de don Joaquín Buendía

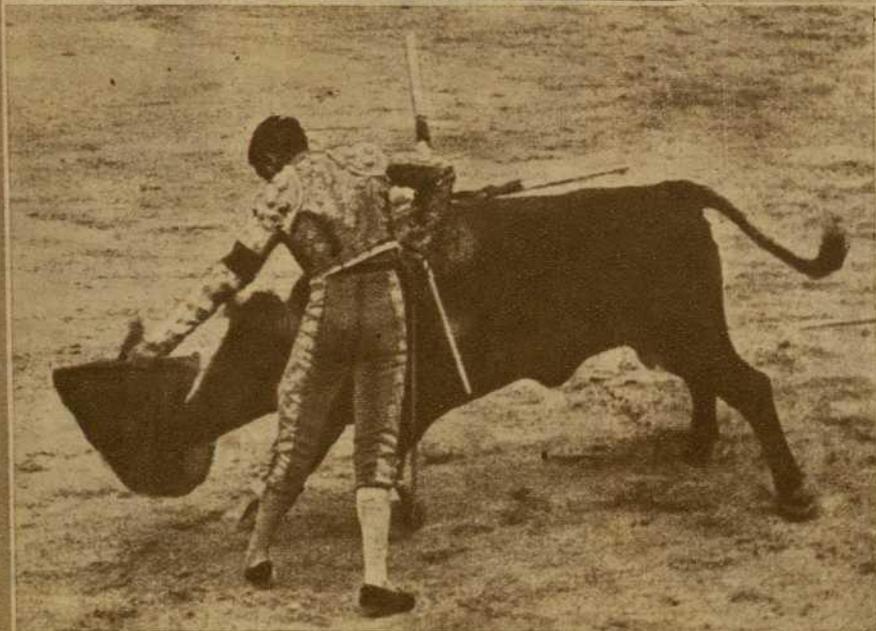
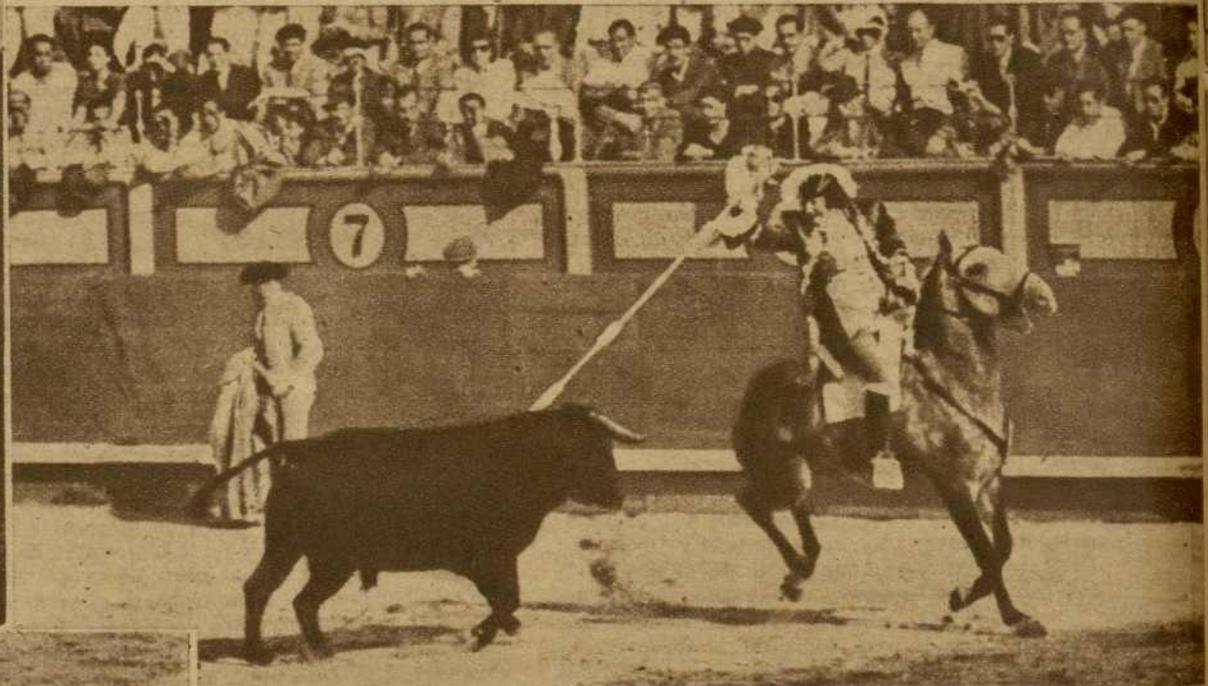
Las cuadrillas, terminado el paseo, guardaron un [minuto de silencio en señal de duelo por la muerte de «Carnicerito de Méjico»



El ministro de Justicia, señor Fernández Cuesta; el subsecretario del mismo Departamento, señor Arcenegui, y el presidente de la Diputación Provincial, marqués de la Valdavia, presencian la corrida desde un burladero



La rejoneadora española Marimén Clamar, que hizo su presentación en Madrid



A «Gitanillo de Triana» le correspondió el toro más bravo de los tres bravos que salieron en la tarde. Rafael Vega de los Reyes toreó de muleta con su buen estilo



Marimén Clamar no consiguió lucirse en el novillo de rejones. El de don Ignacio Sánchez fué manso y los caballos que montó la gentil rejoneadora no le obedecieron elegantemente...

Un paso de pecho de «Gitanillo de Triana» a su primer toro

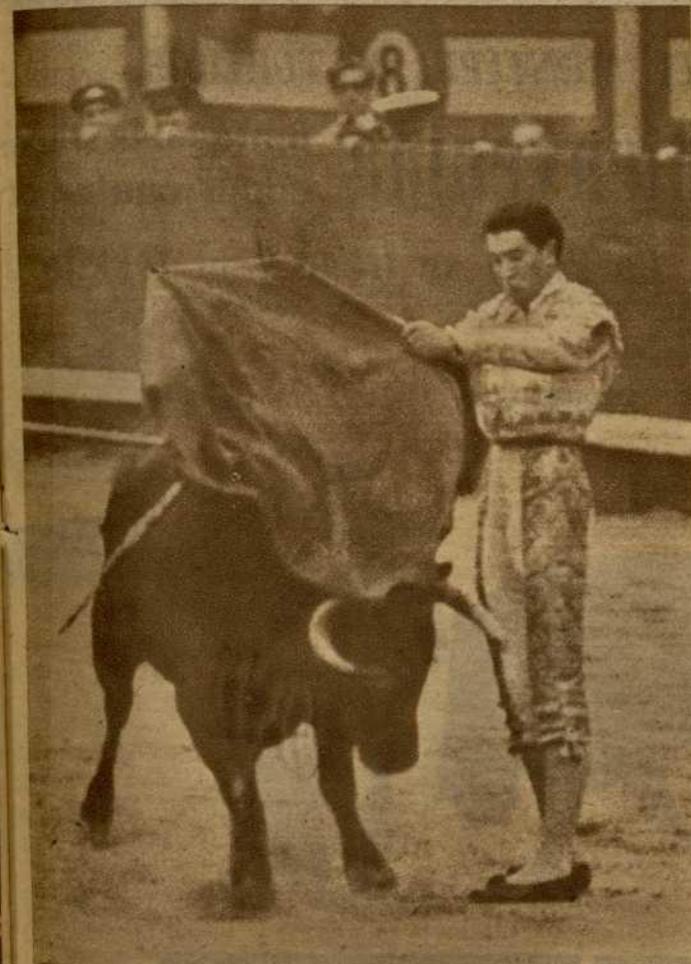
PIO DEL CUERPO GENERAL DE POLICIA



El de Buendía ha derribado al caballo, y el picador, montado sobre la barrera, se defiende



«Andaluz» lidió excelentemente a su primero, muy probón y peligroso, que le destrozó la taleguilla y le causó una fuerte contusión en el muslo derecho



Una chicuelina del «Andaluz», en un quite al sexto

«Parrita» triunfó por su faena de muleta en el tercer toro, que inició con este pase por alto con los pies juntos



Un natural de «Parrita» en el tercero, del que le fueron concedidas las dos orejas



Al dar un natural con las dos rodillas en tierra, «Parrita» fué derribado



Afortunadamente, el toro no hizo por él
(Fotos Baldomey y Cifra)

A VISTA DE TENDIDO

No existe la incompatibilidad con el fútbol.— Paseo con dos fantasmas.— Pasión, que es sal de la fiesta.— Sin cansancio ni fatiga.— Antonio y su éxito.— Tarde feliz con espectadoras ingenuas



—Le apuesto a usted lo que quiera a que se nota en la entrada de los toros el comienzo de la temporada futbolística.

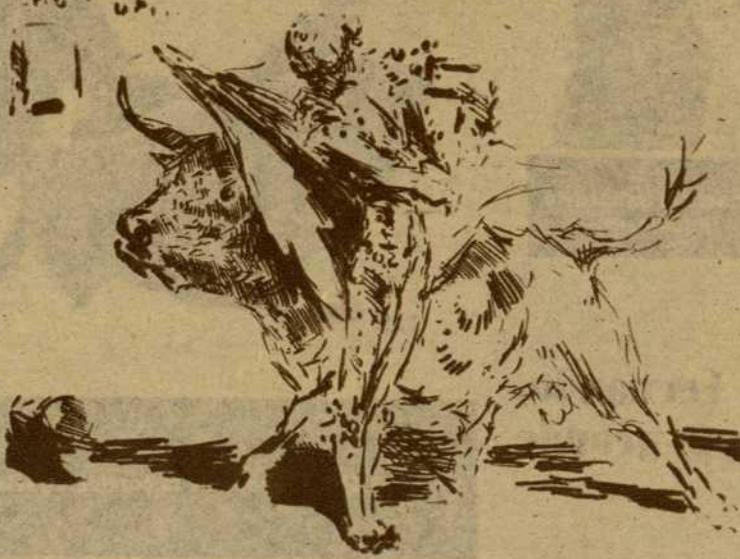
—Vamos a verlo.

Sorprendimos este diálogo el pasado domingo entre dos espectadores que se encaminaban a la Plaza de las Ventas. Y como sucede con el teatro y el cine, o con la radio y los periódicos, se demostró, una vez más, que no existen incompatibilidades de ningún género ni dañinas competencias. Hay público para todo, cuando el «todo» —como se decía en las charadas antiguas— es bueno, o por lo menos prometedor. Y prometedor era el rasgo generoso, valeroso y simpático de Antoñito Bienvenida, encerrándose a matar él solo —solo de verdad, sin dejar dar ni un capotazo al sobresaliente— seis toros de don Antonio Pérez.

Por esta razón fué aplaudido el mozo vestido de verde y oró cuando hacía el paseo a la cabeza de la cuadrilla. A su derecha y a su izquierda iban dos fantasmas invisibles. Tenemos la mirada tan hecho al trío de los matadores, que tal era la sensación que nos producía el paseillo. Tan insistente fué la ovación, que Antonio, sonriendo, hubo de quitarse la montera en mitad del ruedo, y así, descubierto, llegó hasta la barrera para saludar a la Presidencia.

Después, en el curso de sus tres buenas faenas al primero, al segundo y al sexto, se alzaron en los tendidos voces de: «¿Hay o no hay torero?...» «¿Quién decía que se había acabado?...» Lo cierto es que el gesto loabilísimo del diestro había ganado de antemano a la mayoría del público y que

los exigentes, los rigurosos y los disidentes, que nunca faltan, no hacían sino poner unas pesas en el otro platillo de la balanza, porque sin pasión no habría Fiesta de toros. Pero nadie dejará de reconocer que además del valor y de la generosidad el espada demostró sus excelentes facultades, y ni se cansó ni se fatigó, ni los espectadores pudieron tampoco sentir cansancio ni fatiga. Para comprobarlo, basta sólo considerar el tiempo que duró la lidia y, en general, su buen ritmo. Y también los datos positivos que habrá consignado la crítica: las verónicas y las medias verónicas, las chicuelinas y las navarras, la limpieza al tirarse a matar, el tino de los descabellos y las faenas de muleta, en el centro del ruedo o en las tablas, buscando a los enemigos, eligiendo el terreno y poniéndoles en suerte cuando pudo hacerlo.



Si de los seis toros quedó bien en tres, sacó todo el partido que pudo a otro y se reservó en dos, sólo con una medida muy cicatera podría francirse el ceño ante lo que Antonio hizo. Y así se explica el beneplácito del respetable y las vueltas al ruedo, y las orejas, y los puros, y los abanicos, y los ramos de flores, y las prendas de vestir arrojados al ruedo, y la salida en hombros. Faltaron las botas de vino, que por cierto entretienen demasiado al obligar a ese ademán de hacer que se bebe; pero el detalle no amengua el éxito. (Supongamos que los de las botas se fueron al fútbol, y todos contentos.)

En el tendido nos hicieron la tarde feliz unas espectadoras ingenuas y entusiastas. Comenzaron por extrañarse de que no estaban los capotes de paseo puestos en la contrabarrera (antes de salir las cuadrillas! Mostraron después su asombro al leer en el programa que la corrida era «a beneficio de la Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos», cuando ellas creía que era «a beneficio del Montepío! Confundieron a Vicente Pastor con Rafael el Calvo,

al descubrir muy serias que «El Gallo» «era el que asesoraba a la Presidencia». Y cuando una de estas espectadoras aseguró: «Estoy tan conmovida que me voy a pasar el tiempo llorando», el chusco que tenía en la fila de abajo se creyó en el caso de advertir: «Le póngame, señorita, que no he traído impermeable».

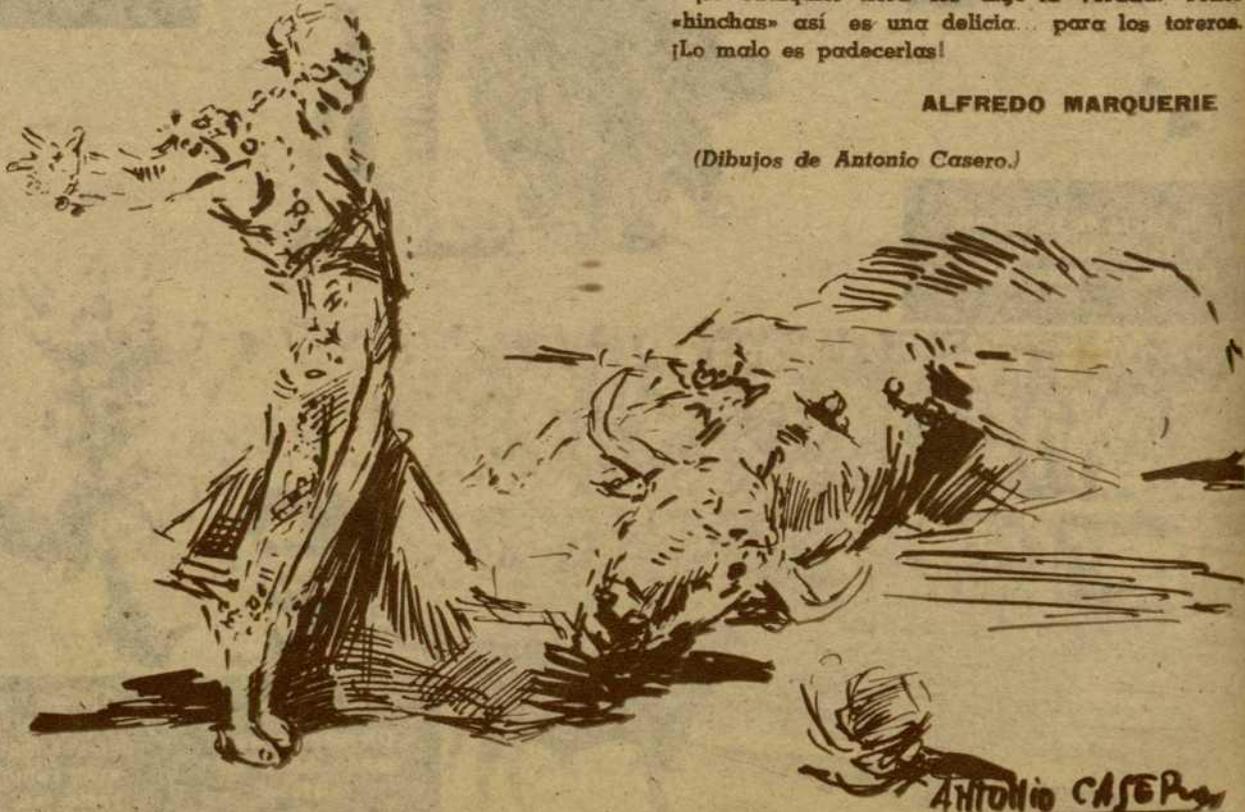
Las tres espectadoras —tres eran, tres — se sentían tan identificadas con Antoñito, que no ya un signo de desaprobación, el menor gesto de abstinencia de cuantos nos hallábamos cerca, provocaba sus más enconadas iras. A un pobre señor que no se metía en nada, le increparon por no pedir en una ocasión la oreja: «¿Por qué no baja usted a ver si lo hace mejor?... ¿Sería usted capaz de ponerse delante del toro?», le dijeron. El caballero comprendió que el más mínimo descuido podría costarle la vida. Y pasó la tarde con el pañuelo en la mano mirando de reojo a las Euménides.

Cuando me vieron tomar unas notas en un papel, entré también en el círculo de sus suspicacias: «¿Qué apunta usted ahí», interrogaron con aire policiaco. Y uno, que es tímido, mintió bellacamente. Aseguré que era aficionado a las estadísticas y que llevaba la cuenta de banderillas, puyazos y estocadas. ¡A cualquier hora les digo la verdad! Tener «hinchas» así es una delicia... para los toreros. ¡Lo malo es padecerlas!



ALFREDO MARQUERIE

(Dibujos de Antonio Casero.)



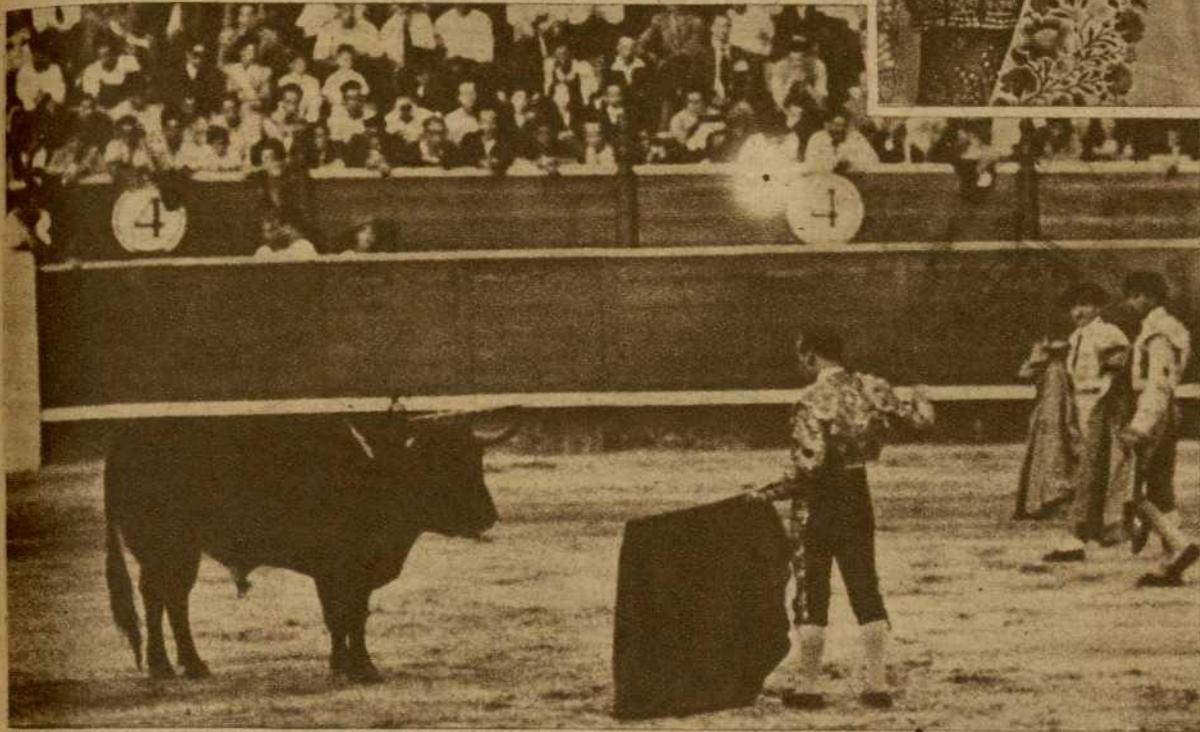
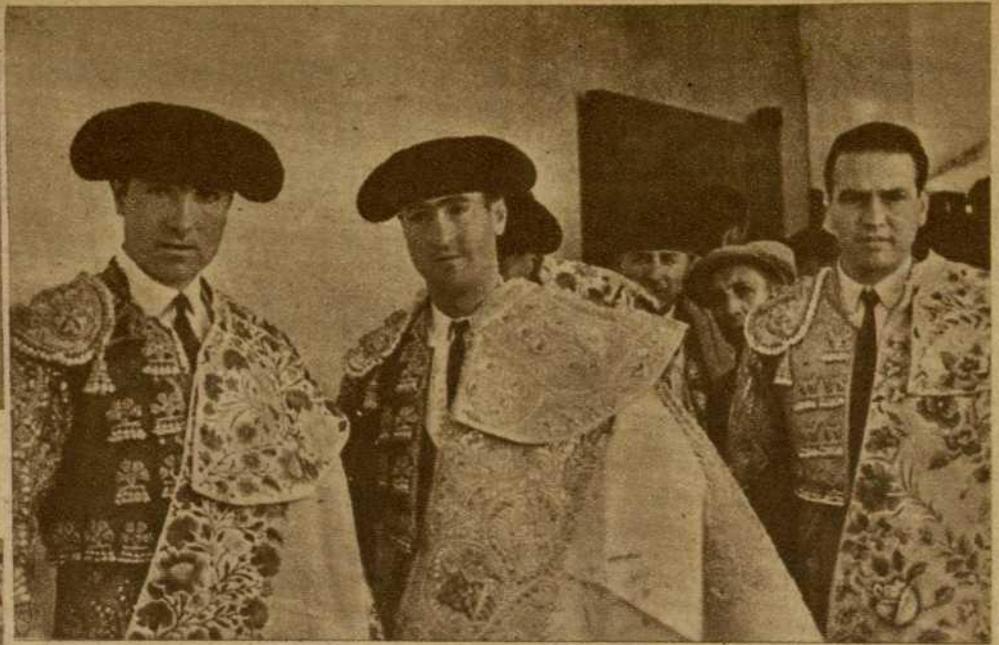
ANTONIO CASERO

TOROS EN CARABANCHEL

«Angelete» cortó una oreja, «Yoni» estuvo mal y Cobaleda acusó su alejamiento de los ruedos

Marceliano Rodríguez envió un magnífico lote de toros

Luciano Cobaleda, «Angelete» y «Yoni» se disponen a hacer el paseo en la Plaza de Vista Alegre. Los rostros de estos tres muchachos son, actualmente, poco familiares a los aficionados

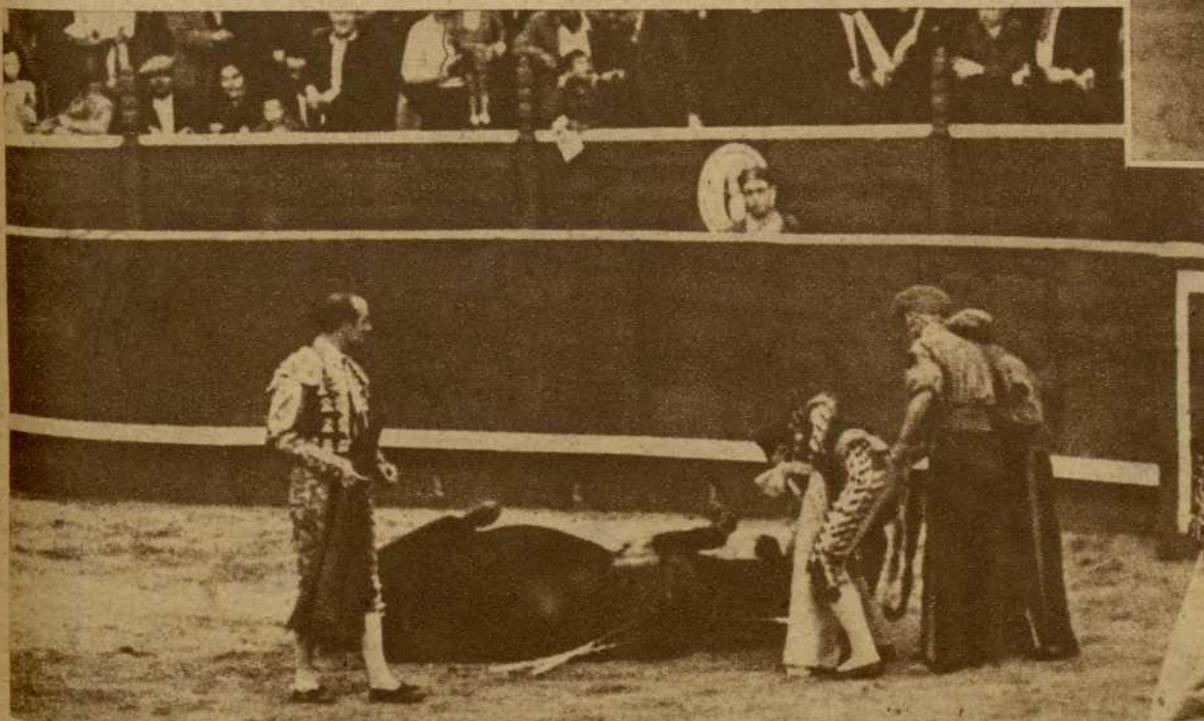


«Angelete» viendo morir al toro del que le concedieron la oreja

NO podemos en esta ocasión culpar a los toros del escasisimo lucimiento que lograron los toreros el pasado domingo en Vista Alegre. Las reses de Marceliano Rodríguez estuvieron muy bien presentadas y fueron bravas. Incluimos también al segundo toro, que si llegó difícil al último tercio fué debido, muy principalmente, a la pésima lidia que le dieron. No es que a los otros cinco se les toreara adecuadamente en todo momento, no; pero eran tan bravos y nobles, que no perdieron sus buenas cualidades ni aun después de una brega fatigosa y mediana. Brillaron más que el resto los lidiados en quinto y primer lugar.

Con tal ganado, casi sobra decir que quien triunfó el domingo en Carabanchel fué el criador de las reses que antes fueron de Marzal.

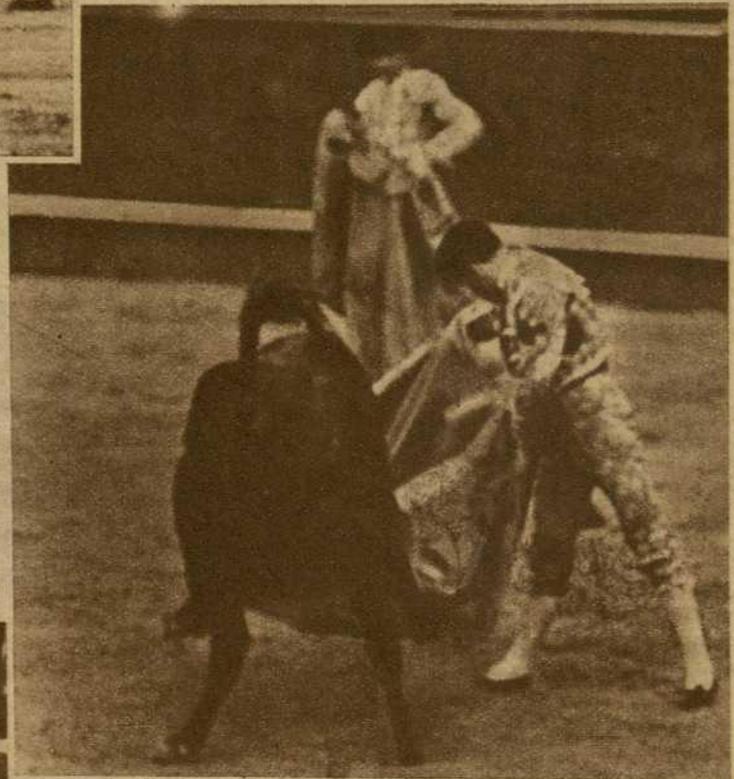
«Angelete» también consiguió interesar a los espectadores. En los dos toros estuvo bien. La muerte del primero la brindó al público. Empezó la faena con dos ayudados por alto, buenos. Llevó al toro al centro del anillo, y siguió con dos naturales, otros en redondo, molinetes, ayudados y «manoletinas». Mató de media estocada y el descabello al segundo intento.



Luciano Cobaleda viendo cómo apuntillaban a su primer toro. (Fotos Cirra)

(Ovación y vuelta al ruedo.) En el cuarto, «Angelete» toreó muy bien con la capa. La faena a este cuarto toro fué buena. «Angelete» comenzó con cuatro ayudados por alto y cinco en redondo. Siguió con ayudados por alto, otros de rodillas y varios por alto. Mató de una entera. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Excepción hecha de seis verónicas y dos medias verónicas que «Yoni» dió al quinto, la actuación de este matador de toros fué lamentable de punta a punta. Ni afición, ni gracia, ni estilo, ni valor, ni nada de lo que debe ser esencial para vestir justificadamente el traje de luces. A sus dos toros los muleteó por la cara, deslucido y medroso. Al segundo lo mató de dos pinchazos, una atravesada y



Un lance del «Yoni»

el descabello al tercer intento. Al quinto, de un pinchazo y media estocada.

Luciano Cobaleda acusó el natural desentrenamiento de quien, como él, torea su segunda corrida de la temporada. Como recordarán nuestros lectores, Cobaleda fué cogido de gravedad la tarde de su alternativa en Barcelona, en los comienzos de la temporada. Cobaleda brindó la muerte del tercero al público. Muleteó por bajo y mató de un pinchazo, dos sin soltar y una estocada. En el sexto intentó torear al natural, y muleteó luego por alto y bajo, para matar de media estocada. Lo mejor de su actuación fué un gran quite que hizo en el quinto.

«Orteguita» y «Faroles» banderillaron bien.

Hubo poco más de media entrada. El festejo resultó, en conjunto, pesado y aburrido.

Un rato de charla con los toreros heridos

MANUEL GARCIA, TOMAS MARTINEZ GUERRA, VILLALBA, MIGUEL DEL PINO y el picador "HIENA II" relatan el percance que sufrieron

CON quien primero hablamos en el Sanatorio de Toreros es con el novillero Manuel García, que ya se atreve a pasear por los pasillos del mismo, a pesar de su pierna herida. Nos hace pasar a la sala que comparte con Tomás Martínez Guerra y con Villalba. Y allí contesta a las preguntas que le hacemos. Manuel García es un muchacho joven, muy joven, y, por primera vez, en la Plaza de Ocaña ha sentido traspasada su carne por el asta de un toro.

—¿Cómo ocurrió su cogida?

—Al dar un pase de muleta demasiado bajo.

—¿Se asustó usted mucho?

—No. Yo quería seguir toreando. Pero la pierna sangraba y me hicieron retirarme de allí en seguida. Mi familia se encontraba en Ocaña y en seguida acudieron a la clínica a ver qué me ocurría. Quien mayor susto se llevó fué una hermana mía que padece de los nervios. Mi madre recibió la noticia de una manera brusca e inesperada. Estaba asomada al balcón, esperando el paso de la gente que salía de los toros, cuando oyó a un chiquillo que decía: «¿Sabéis lo que ha pasado esta tarde en la corrida? Pues que han cogido a Manolo...»

—El susto sería espantoso... Ahora, dígame a qué santo se encomienda usted cuando sale a torear.

—A la Virgen del Pilar.

—Estupendo...

—Sí; tengo en Ella una gran fe.

—¿Es usted supersticioso?

—En algunas ocasiones, sí lo soy. Por ejemplo, tengo la pequeña manía de que nadie toque mi ropa de salir a la Plaza y de que haya muy poca gente delante cuando me visto. Sólo los mozos de estoques. Recuerdo que una vez que a un gracioso se le ocurrió probarse mi montera, tuve una tarde malísima. Me revolcó el toro varias veces —sin consecuencias, por fortuna— y estuve bastante desacertado en todos los momentos de la corrida. Estoy seguro de que fué por eso.

—Y usted, ¿también es supersticioso?—preguntamos a Tomás Martínez Guerra, que desde su cama ha estado atento a nuestra conversación.

—No. Yo estoy libre de preocupaciones.

—¿De dónde es usted?

—De Madrid.

—¿Y su cogida fué?

—También en Ocaña, y precisamente la misma tarde que fué cogido Manuel García. Fui yo quien le puso la toalla en la pierna, al ver que sangraba, para evitar que prosiguiera la hemorragia. Después tuve que acudir al quite para ayudar al compañero, que no podía encontrarse solo con los tres toros, y fui cogido también. Momentos más tarde del ingreso de Manolo en la enfermería, nos encontramos allí los dos, heridos. Y tanto el uno como el otro tenemos un interés enorme en decir que estamos muy agradecidos al médico de la enfermería de la Plaza de Ocaña, doctor Salván, que nos atendió maravillosamente y nos hizo una cura perfecta.

Ahora le toca a José Martín, «Hiena II».

contarnos cómo le ocurrió la desgracia de su caída del caballo y cogida que le ha puesto en el estado en que hoy le vemos. José Martín ofrece el aspecto de un notable musulmán, con su barba de muchos días, su turbante de vendas y su blanco alborroz.

Aunque no pertenezco a la cuadrilla de Antonio Bienvenida, actué con él, como picador, en Calatayud. Mi cogida, nadie ha sabido explicarla tal como en realidad fué. Muchos dicen que las heridas que he sufrido fueron causadas por el casco del caballo. Pero esto no es cierto. El toro me enganchó una pierna y me desmontó, derribándome del caballo. Yo creí que después el toro iba a arremeter al caballo que había avanzado. Pero en vez de hacerlo así, se volvió al sitio donde yo estaba caído. Cuando me di cuenta de que tenía el pitón del toro cerca de la cara, la volví rápidamente para evitar el destrozo, y gracias a eso únicamente la cornada me pilló el lado izquierdo de la cara. Acudieron al quite. Una vez en la clínica, continuaron mis desdichas. Al colocarme sobre un banquillo, después de todos los esfuerzos que habían hecho para transportarme allí, porque entre cuatro hombres no podían conmigo, se rompió el banquillo y volví a caerme al suelo. Cuando al fin me acomodaron en una camilla, el

doctor que estaba examinando mi herida, después de proferir unos cuantos silbidos precursores, cayó al suelo desmayado. Tuvo que acudir otro, que ya más serenamente me practicó la primera cura, tras lo cual me trajeron a Madrid. Haga usted el favor de decir que en Madrid he tenido una ayuda magnífica en el doctor Giménez Guinea.

También de la cuadrilla de Antonio Bienvenida es Villalba, quien en estos momentos está dando muestras de verdadero entusiasmo y besando la imagen del Cristo del Gran Poder, porque acaba de entrar en la sala una enfermera con la noticia de que a Antonio Bienvenida acaban de concederle una oreja y ha dado la vuelta al ruedo en el primer toro que se está lidiando en la cercana Plaza. Cuando se tranquiliza un poco, Villalba nos cuenta

—Fué en Tomelloso donde fui cogido. El toro me acosó hasta el burladero y allí me acometió, dándome varias cornadas, dos de ellas muy graves, en el pecho.

De la sala donde conversamos con los cuatro heridos, pasamos a otra en la que se encuentra Miguel del Pino. Este muchacho, alegre y nervioso, nos cuenta algunos detalles de su cogida, que ocurrió hace pocos días en Vista Alegre. El toro, que era, como todos los de aquella tarde, manso y fogueado, me enganchó, levantándome del suelo verticalmente. Por fortuna fui a parar al callejón, y cuando llegó a buscarme para embestirme de nuevo, ya no estaba allí.

—¿Se asustó usted mucho?

—Cuando la cogida, no. Me asusté después, en la enfermería, cuando vi que me iban a dar cloroformo. Como ya he sufrido varias cogidas, sé lo que es eso. La cornada, apenas se siente; pero el cloroformo y las manos de los médicos son implacables. No tengo tanto miedo a los toros como a los médicos.

Antes de marcharnos, Miguel del Pino nos enseña una pequeña partícula del asta del toro, que se le quedó incrustada en la pierna.

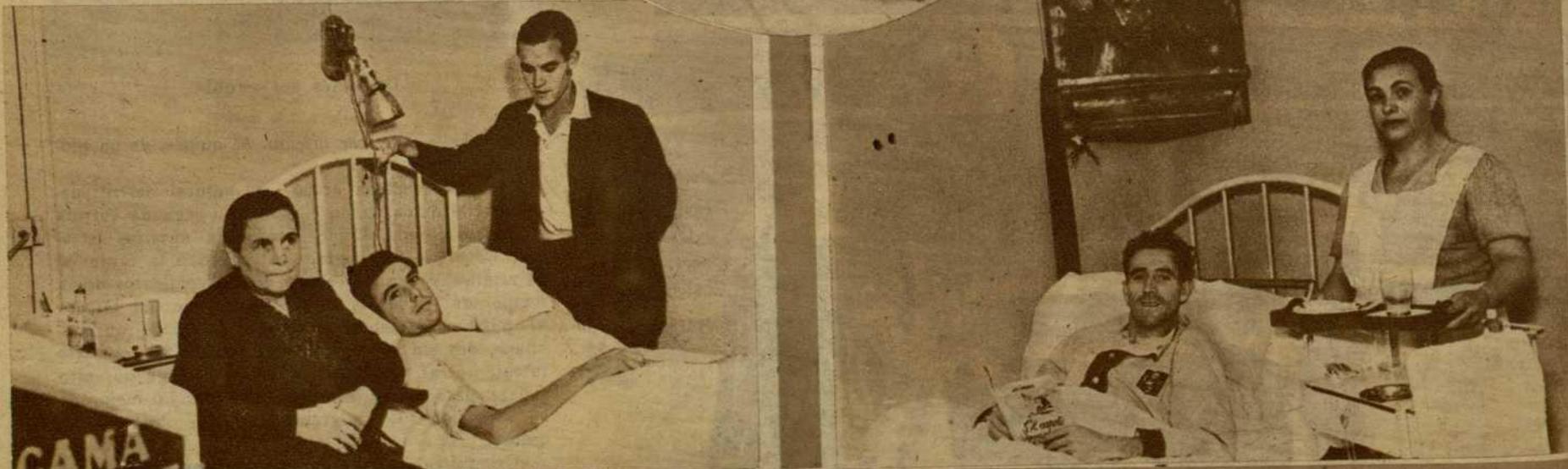
—A pesar de todo, tengo que agradecer a los médicos, olvidando el daño que me hacen cuando me curan, el que me hayan librado de la gangrena sacándome esto de la herida. Lo conservaré siempre como amuleto. Tengo fe en los amuletos, y más que en los amuletos en la Virgen de los Milagros. Esta cogida la he sufrido por culpa de haber perdido una medalla de la Virgen que llevaba siempre colgada del cuello entre estas otras...

Nos despedimos de todos los muchachos con los que hemos sostenido esta charla y salimos del Sanatorio de Toreros, deseando no tener que volver más, como no sea a conversar amigablemente con los médicos y enfermeras.

PILAR YVARS

(Fotos Cano)

El novillero Manolo García



A Tomás Martínez Guerra le acompaña su madre

El banderillero Villalba, de la cuadrilla de Antonio Bienvenida



Rafael Soria Molina, el sobrino de «Manolete», que con el apodo de «Lagaritjo» se presentó en Barcelona el pasado jueves

Novilladas en Barcelona, el jueves, 18, y el domingo, 21
SENTIMENTALISMO. FLORES, MARTORELL
Y RIVAS, S. EN C.

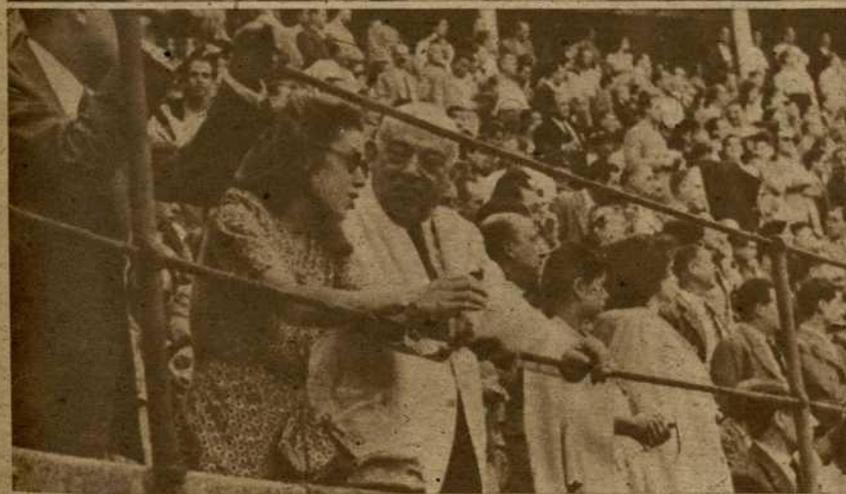
Cogida sin consecuencias de Luis Peña



Los propietarios de esas capas y esas monteras descansan en el estribo del callejón

Un momento apurado de Martorell

El jefe superior de Policía, de Barcelona, coronel Chinchilla, y su hija, en una barrera de la Monumental



EN esta novillada hizo su presentación un sobrino de «Manolete» llamado Rafael Soria Molina y apodado nada menos que «Lagaritjo», para quien el público tuvo ternuras verdaderamente maternas. Con su trabajo dejó advertir que es un principiante todavía; pero en el recuerdo latente de su tío encontró la mejor protección que pudiera ambicionar, pues al pararse en cuatro o cinco pases que dió al tercer novillo y en otros tantos que le vimos en el sexto, se le tributaron ovaciones delirantes y sonó la música en su honor, y como a dicho último astado lo mató con brevedad, le concedieron la oreja y le pasearon en hombros.

El segundo espada, Luis Peña, quedó bien con el segundo y anduvo aperreado con el quinto, un bicho manso y duro de los que deslucen al más pintado.

Antonio Caro —primer espada—, el formidable picador Vallejo y el gran peón y banderillero «Pinturas», dieron, en realidad, las notas brillantes de esta novillada. Antonio Caro, con una faena estilizada al primer novillo; Vallejo, con su magistral labor picando al sexto novillo, y «Pinturas» con dos

soberbios pares de banderillas que clavó a la misma res y con su brega justa, precisa y eficaz.

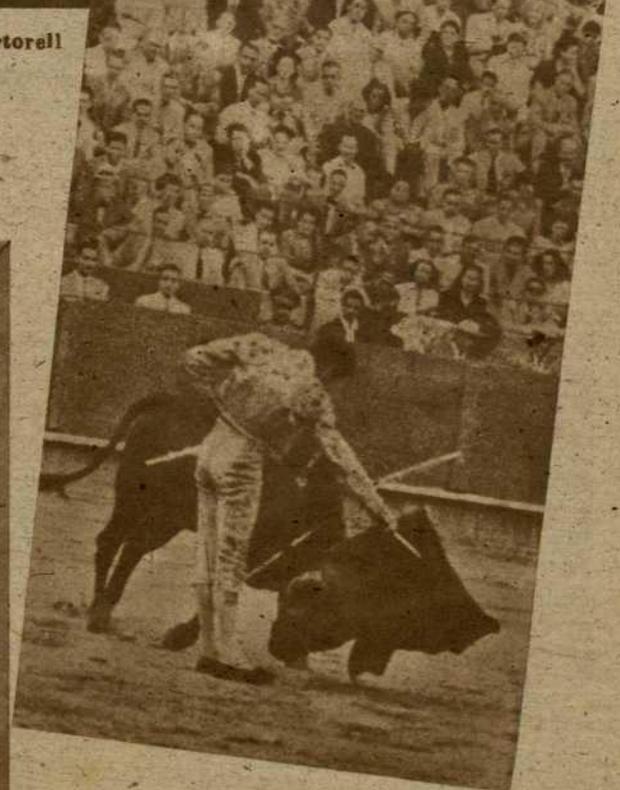
De «mitad y mitad» puede calificarse el juego que dieron los seis novillos de los herederos de don Alicia Cobeleda.

Esta fué la razón social cordobesa que en las Arenas hubo de negociar unos valores cornudos que no tenían fácil curso en el mercado, pues se trataba de cinco bichos de Manuel González y uno de Murillo-Pizarro (el primero), de los cuales solamente éste resultó algo negociable.

Fuó Martorell el que más sobresalió, pues hizo cosas de buen torerito y demostró facilidad y valentía al hundir el sable. Antonio Flores estuvo aceptable con uno y cumplió en el otro. Y en cuanto a Luis Rivas, reveló también maneras muy estimables con cierta gracia sevillana, aunque él sea de Córdoba.

El público alentó con sus aplausos a los señores Flores, Martorell y Rivas, S. en C.

DON VENTURA



Antonio Flores, de la razón social cordobesa (Fotos Valls)

La rejoneadora Beatriz Santullano,
Mario Cabré y Llorente

Un toro de Pío Tabernero, cuatfo de Bernaldo
de Quirós y un sobrero



Beatriz Santullano tuvo que luchar con un toro aplanado; pero, a pesar de éllo, tuvo una lucida actuación



Mario Cabré vuelve a ser el finísimo torero que fué. En esta corrida cortó tres orejas y un rabo y fué llevado en hombros hasta el hotel



Rafael Llorente, que cortó una oreja, en una buena verónica

Fueron muchos los aficionados de Barcelona que se trasladaron a Tarragona para presenciar la corrida. Aspecto de un tendido (Fotos Valls)

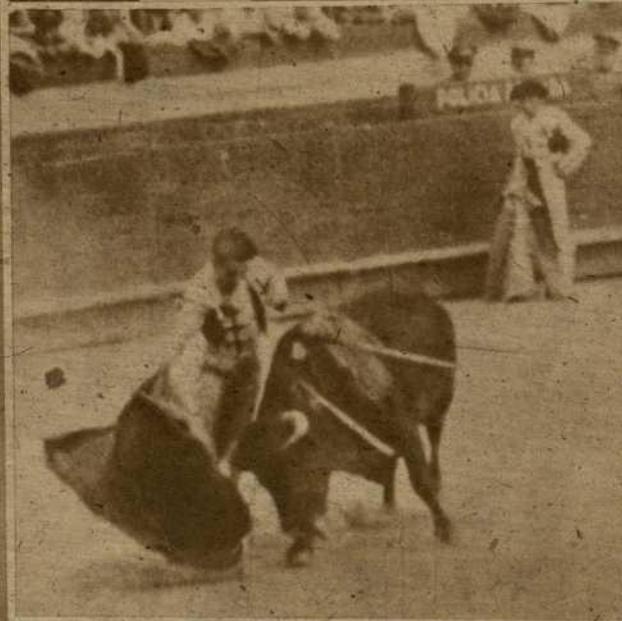


Novillada a beneficio
del Hospital

Alternaron Luis Redondo, Antonio Caro y Luis Peña



Luis Peña entrega seis mil pesetas para el Hospital de Caridad al Hermano Mayor del benéfico establecimiento



Luis Redondo en un derecho al toro del que cortó la oreja



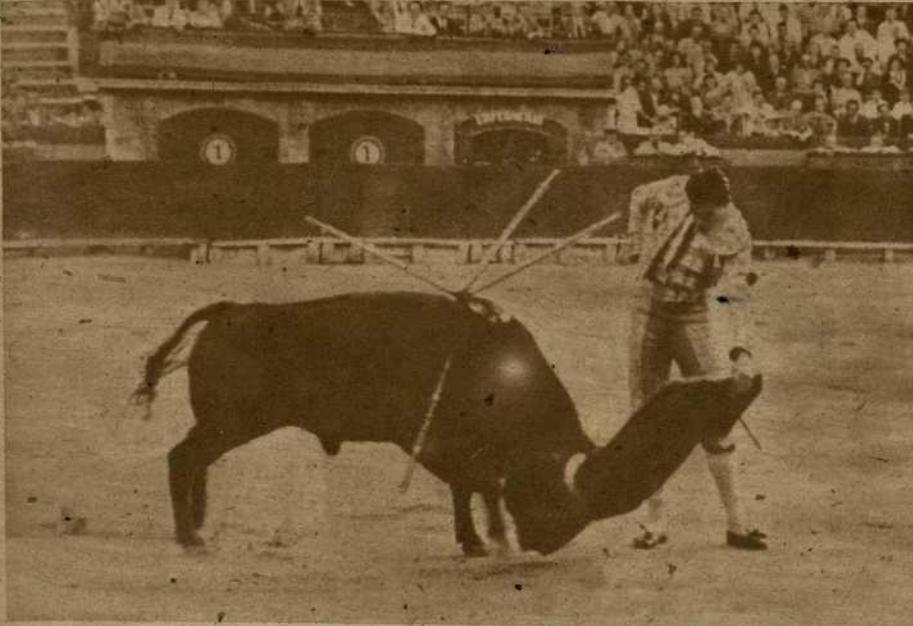
Antonio Caro en un natural al segundo



Luis Peña, que cortó las dos orejas del tercero, lanceando al sexto (Fotos Sáez)

NOVILLADAS EN VALENCIA Y SANLUCAR DE BARRAMEDA

En Valencia, novillos de Pío Taberneró para Manolo Rojas, Pablo Lalanda y Rafael Lagartijo



Manolo Rojas estuvo bien en un novillo y mal en otro. El sevillano da un buen natural a su primero

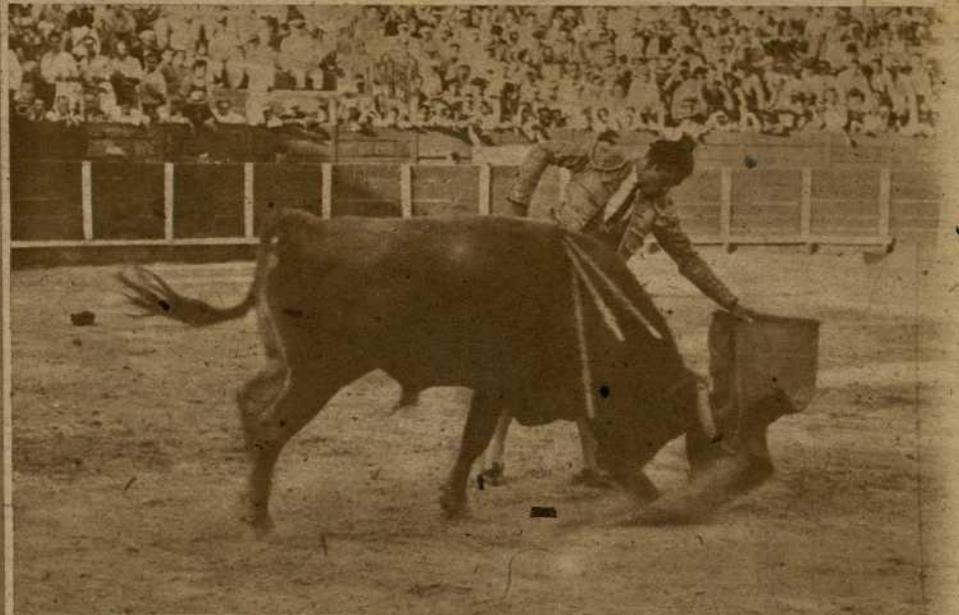


Pablo Lalanda, que cortó tres orejas y un rabo, en un muletazo en redondo a su primer novillo



La actuación del sobrino del infortunado «Manoletes» no pasó de regular. Rafael Lagartijo inicia un ayudado por alto. (Fotos Vidal)

En Sanlúcar, novillos de José de la Coba para «Cardeño», Paco Bru y «Diamante Negro»



«Cardeño» sigue triunfando por las Plazas del Sur. Un natural al toro de que cortó las dos orejas y el rabo



La actuación de Paco Bru fué buena en conjunto. Le vemos aquí en una apretada media verónica



«Diamante Negro» saltó, con «Cardeño», en hombros. Este muletazo por alto, dado a su primero, fué de calidad. (Fotos Serrano)

NUESTRA CONTRAPORTADA

Las suertes del toreo

Joaquín Rodríguez, "Costillares"

LA SUERTE DEL VOLAPIE



La lidia de reses bravas, que como espectáculo se iba perfeccionando y encajando dentro de cánones definitivos, seguía presentando un problema sin solución. A veces los toros llegaban al último tercio aplomados por el castigo y sin la codicia suficiente para acometer al cite, en aquellos tiempos en que no se conocía otra forma de matar que recibiendo la embestida de la res.

Cuando surge en los ruedos el arte y la destreza de Joaquín Rodríguez («Costillares»), el toreo recibe sus sabias aportaciones, modificándose y embelleciéndose las suertes, constituyéndose las cuadrillas, hasta entonces sin reglamentar, y, sobre todo, se encuentra la solución de aquel problema que presentaban las reses que, aplomadas, no acudían al cite para la muerte. Necesitándose para la ejecución de la suerte suprema la reunión del espada y el toro, y no siendo posible en ciertos casos ésta, por la falta de acometida de la fiera, «Costillares» resolvió la incógnita con el avance del diestro hacia la res para poder conseguir la reunión que hiciera posible la suerte de matar.

Así surgió el volapié como recurso. «Costillares» le llamó vuelaplés, por la ligereza que se requería en los pies para realizar esta suerte con belleza y gallardía.

No obstante ser «Costillares» el inventor, él siguió recibiendo a los toros según los cánones establecidos, empleando el volapié solamente como estocada de recurso para los toros aplomados.

«Costillares», que con su actuación en los ruedos elevó la categoría artística de la Fiesta, alcanzó la plenitud de su triunfo por los años 1780-1790.

Una dolencia en la mano derecha le alejó de los ruedos en el año 1799, y murió en Madrid poco tiempo después.

J. COMAS ACOSTA



Inocente
es el vino para coprear

VALDESPINO
JEREZ

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SEMANAS atrás di, en una revista de Méjico, con el interesante tema de la reforma del Reglamento taurino, que allí se intenta llevar a cabo, e invité a meditar a las partes interesadas en la conveniencia de reformar el nuestro, que, una vez más, lei en aquellos días.

Hice esta lectura en la edición comentada por el prestigioso crítico y admirado compañero «Areva», que aporta, sin duda, un caudal de sugerencias para una nueva redacción del modesto texto legal por el que se rigen nuestros espectáculos taurinos, y pensé en la conveniencia de airear los comentarios de «Areva», de

aportar otros nuevos, de discutir unos y otros y de recabar ajenos y autorizados dictámenes que puedan ser, al fin, base suficiente para la redacción de un nuevo Reglamento.

En los diecisiete años de vigencia que tiene el actual, se han operado en la Fiesta, y aun en la propia vida española, tales transformaciones, que la vejez de su articulado se hace patente a cada paso. Desde las multas, ajustadas a la economía de entonces, hasta las puyas, tan discutidas en estos últimos años, todo puede y debe ser objeto de revisión.

Los artículos 42 al 46, ambos inclusive, por ejemplo, relativos a las enfermerías de las Plazas de Toros, resultan tan anticuados, que el material exigido para las Plazas de tercera categoría se encuentra hoy, de seguro, en el más modesto botiquín que pueda imaginarse en una casilla de peones camineros. Cierto es que las Plazas de primera categoría están dotadas muy por encima de las exigencias reglamentarias, gracias al celo del personal facultativo que las rige, a la vigilancia del Montepío y a la capacidad económica de las Empresas; pero existen, en cambio, otras, y no en villorrios precisamente, donde todo el servicio sanitario consiste en una camilla para trasladar los heridos al hospital más o menos cercano, pero siempre demasiado lejos para ciertos casos de urgencia.

Este tema, que tantas veces abordé en este mismo lugar, sería suficiente para acometer la propugnada reforma, si casi todos nos reclamasen atención. ¿Pues qué puede decirse de los honorarios fijados de 350 pesetas para el personal facultativo de una Plaza de primera categoría? Dicho personal debe integrarse con un cirujano jefe, un cirujano ayudante, un ayudante de mano y un anestésico; un practicante y un mozo enfermero. Repartan ustedes como quieran ese dinero entre los seis técnicos requeridos, y pronto se convencerán de que cualquier vendedor ambulante de la Plaza gana más que el cirujano jefe.

Y así todo, sin buscar más ejemplos, me dispongo a una tarea al margen de estos «pregones», de cuyo marco circunstancial se sale el tema, en la que me propongo hacer partícipes a médicos, abogados, diestros, ganaderos, apoderados, empresarios y aficionados de esos que en nuestra Revista se denominan de categoría y con solera.



De la corrida de la Prensa, tema obligado de estos pregones, en vísperas de su celebración, tengo tiempo de hablar el próximo jueves.

Según JUAN CARCELLE, la Fiesta de toros es considerada en el Extranjero como un espectáculo fantástico y fabuloso



porque haya perdido la afición a la Fiesta, que sigo considerando como antes, sino porque ya ha desaparecido de ella la figura que me interesaba en el toreo de hoy.

Después de estas palabras de cariño a la memoria del torero cuya muerte reciente ha hecho tan honda impresión en el ánimo de todos los aficionados, Juan Carcellé habla de «Manolete» hombre, del magnífico corazón de «Manolete».

—Era un hombre serio, y su conducta privada estaba regida por los más firmes principios morales. Quería mucho a su madre.

—¿Le vió usted torear muchas veces?

—En las corridas que dió en las ciudades del Norte de España y en Valencia y en Madrid. Donde no le llegué a ver fué en Andalucía.

La conversación deja de seguir las huellas de la sombra de «Manolete», y hablamos de algunos detalles de la Fiesta de toros.

—¿Qué le parece a usted la masa humana que llena las Plazas de Toros, lo que se llama el público de toros?

—Que es el más apasionado de todos los públicos, y, al mismo tiempo, el más justo. Aunque sea su idolo el que está toreando, si no le satisface una tarde, no tiene el menor inconveniente en silbarle y hasta en insultarle, aunque minutos después le ovacione un acierto, por pequeño que sea. He visto casos curiosísimos entre los apasionados espectadores que gritan y silban. Una vez, en San Sebastián, una respetable familia de Bilbao llegó a la Plaza provista de pitos, que utilizaron en cuanto «Manolete», que aquella tarde no estuvo muy afortunado, hizo algo que disgustó al público. Pero en el toro siguiente, «Manolete» quedó muy bien, y entonces había que oír los insultos que le dijeron a aquella respetable familia; lo mejor que le decían era que se iba a tener que tragar el pito. Claro que después volvió a repetirse la mala suerte del torero cordobés, y los bilbaínos se congestionaron de tanto pitar.

—Usted, que ha viajado tanto por el Extranjero, ¿qué impresión ha sacado de lo que por otras tierras piensan de nuestra Fiesta Nacional?

—Lo consideran en muchos sitios, más que como una fiesta bárbara, un espectáculo fantástico y fabuloso. Recuerdo que una vez, en Estocolmo, en un banquete que diéron en mi honor, unas jóvenes periodistas empezaron a hacerme preguntas acerca de cosas españolas. Les hablé de «Manolete», y al decirles lo que cobraba por corrida, se armó entre ellas un verdadero alboroto. Unas a otras, en distintas lenguas, porque las había de varias nacionalidades, se iban comu-

nicando la fabulosa suma que habían oído de mis labios, y que resultaba más aún al ser calculada con la medida monetaria de su país.

—¿Qué es lo que más le gusta de los toros?

—La suerte de muleta. Creo que es la que más gusta a todo el mundo.

—Les gusta a muchos aficionados —decimos, por no decepcionarle, ya que a él es la que más le gusta—. Pero después de haber oído tantas opiniones y tan diversas...

—¿Qué es lo que más gracia le ha hecho de todo lo que ha visto u oído en las Plazas de Toros?

—Algunos rasgos de espontaneidad por parte del público, que suele decir a veces cosas con verdadera gracia. Una vez asistí a una corrida con un empleado mío. Toreaba «Cagancho», y como los aciertos de «Cagancho» eran bastante raros, el empleado con quien yo iba, entusiasmado por la actuación brillante que aquel día realizaba el matador, le gritaba puesto en pie: «¡Animo, Joaquín, que eres flor de un día!»

Y esto es lo último que Juan Carcellé nos cuenta con relación a los toros. A pesar de su tristeza por la muerte de «Manolete», estamos seguros de que pronto sabremos de él que ha encontrado entre los toreros actuales su figura preferida.

P. V.

VISITAMOS a Juan Carcellé en su despacho, que guarda íntegra, repartida por las paredes y en los lugares más insospechados, la historia gráfica de muchos años de circo. Allí vemos fotografías de todos los artistas que recordamos haber visto en la pista, y de otros cuyos nombres famosos llegaron hasta nosotros sin que su actuación fuera nunca una realidad vista y admirada. El empresario parece feliz entre tantas caras amigas. En el despacho se desarrolla su vida de trabajo, de la que él no podrá prescindir nunca, y esos retratos le acompañarán siempre.

Como amante de todo espectáculo plástico y bello, a Juan Carcellé le gustan los toros.

—No voy siempre que quisiera —nos explica—, porque hay días que a las cinco de la tarde todavía no me he ido a comer. Cuando esto sucede en día de corrida, suelo ponerme de mal humor. Claro que también he encontrado muchas veces ocasión de ir, y entonces es cuando me he sentido verdadero aficionado, como los demás, y hasta más que algunos espectadores, que van a la Plaza con una indiferencia asombrosa.

—¿Cuándo empezó usted a sentir afición por los toros?

—Hace mucho tiempo. No podría recordar cuál fué la primera corrida que vi. Pero he conocido los tiempos de «Bombita» y de «Machaquito» y los de «Joselito» y Belmonte. Entonces me contaba yo entre los buenos aficionados. Hubo un momento de tranquilidad en mi afición; una época en que consideré en crisis el toreo, y, sin embargo, seguí asistiendo a las corridas siempre que mis ocupaciones me lo permitían. Casi lo hacía por rutina, por costumbre. Pero llegó un momento en que dejé casi por completo de ir a los toros. Y fué desde la primera vez que vi torear a «Manolete».

—Es un caso curioso. ¿Por qué tomó usted esa determinación?

—Porque «Manolete» me pareció tan buen torero y tan distinto a los demás, que ya no quise asistir a corrida donde no torease él.

—Entonces, usted es un manoletista de los buenos, y la muerte de su idolo pone en peligro su afición por la Fiesta.

—Es posible que en la actualidad no haga ningún sacrificio por ir a los toros. Pero no



Juan Carcellé

A "Joaquinillo" le animó a ser torero "Joselito"

Un toro "marrajo" y una zumba de Pepe Luis



Joaquín Delgado, «Joaquinillo»

JOAQUÍN Delgado Morales, «Joaquinillo», uno de nuestros mejores subalternos actuales, nació en Sevilla, en el barrio de San Bernardo, el 3 de noviembre de 1904.

En un ambiente ordenado y burgués transcurrió la infancia de «Joaquinillo», quien, aprovechándose de su amistad con los «Blanquito», hijos del conserje de la Plaza de Toros de la Maestranza, la frecuenta para torear de salón con Mariano Rodríguez y «Rayito», que más tarde serían matadores de toros.

Un día coincide el aprendiz de torero con «Joselito». Le acompañan su hermano Rafael y su cuñado Sánchez Mejías, y van a acosar unos becerros que para su entrenamiento acaba de adquirir. «Joaquinillo», un poco emocionado de ver cerca de sí al portento de Gelves, le pide permiso para saltar al ruedo.

«Joselito», siempre en gesto protector hacia los torerillos que comenzaban, accede, y el chaval da sus capotazos con toda la seriedad de un veterano lidiador.

A José le hace gracia el salero de «Joaquinillo», y le anima a persistir. Por lo pronto, continúa el aprendizaje en el Matadero sevillano, donde trabaja desoyendo los consejos paternos, que quieren hacer de él un delineante, y en los tentaderos de las ganaderías de Mubé y Moreno Santa María.

La primera salida de Joaquín al campo taurino en serio la hace en Carmona por el año 21.

Con Emilio Fernández Prieto, lidia cuatro novillos de Santa María, y de cuanto le entregan, satisfechos los gastos, le sobra justamente un duro, duro que al pasar por Utrera invierte en adquirir un habano.

Sus progresos le valen un protector en la persona del ex torero «Villarillo», el que guía a Joaquín Delgado en sus primeros pasos y le proporciona varios contratos. En todos ellos demuestra

gran soltura en el manejo de capa y banderillas y escasa decisión a la hora de empuñar el pincho.

Decide «Villarillo» que su protegido ingrese en la Sociedad de Banderilleros. Pero en esta categoría nadie quiere saber nada de él. Se repite la tragedia del torero que no consigue que le contraten.

Transitoriamente, Joaquín deja el toreo, y como de algo hay que vivir, se coloca en la Fábrica de Tabacos. Allí va a buscarle el amigo de la niñez Mariano Rodríguez, al que la fortuna le sonríe llevándole hasta las puertas de la alternativa. No sin ofrecer gran resistencia, accede Joaquín a la oferta que el amigo le brinda.

En esta nueva etapa sigue «Joaquinillo» un camino seguro, al término del cual le esperan legítimos triunfos. Y el Domingo de Pascua de 1928 le da en la Maestranza «Bombita IV» el espaldarazo de banderillero de toros.

Los públicos se encuentran con un subalterno que bulle, pero no en demasía, sin dejar pisarse los talones por nadie, y que a la hora del segundo tercio sabe cuartear por ambos lados con idéntica facilidad y gallardía.

Y como por contera es prudente y servicial con los compañeros y demuestra gran disciplina ante las órdenes de los maestros, se acaban ya las peregrinaciones, los desaires, las zumbas y la forzada ociosidad.



«Joaquinillo» cuando formaba parte de la cuadrilla de Villalta

de salida. En seguida atropelló y comocionó a «Magritas».

A la puerta de los chiqueros, donde el bicho había ido a entablararse, hubo de buscarle «Joaquinillo», y en un derroche de facultades hizo doblar al morlaco, con lo que el ruedo recobró la tranquilidad.

El sucedido tuvo por actores al maestro de San Bernardo y al buen actor de verdad Valeriano León.

Feria salmantina. En el primero, Pepe Luis está gris, y al retirarse al estribo escucha la voz inconfundible del gran Valeriano, que le grita desde su barrera:

—¡Voy a decir esto en San Bernardo!

En su segundo, el diestro ejecuta una de sus salerosas faenas, y como acierta

con el estoque, le conceden las dos orejas y el rabo. Al pasar ante Valeriano León, llevando los trofeos obtenidos, se para, y mostrándoselos, le preguntó zumbón:

—¿Dirá usted esto también en San Bernardo?...

Con Pepín —su actual jefe—, «Joaquinillo» se encuentra a gusto. En lo de las buenas costumbres entre maestro y subalternos, Pepín se asemeja a los toreros antiguos. Convive con ellos, les escucha e incluso, cuando el caso lo justifica, se deja aleccionar por hombres tan curtidos por la brega como este torero que se apodó «Joaquinillo».

F. MENDO



«Joaquinillo», con Fernando Gago, entre barreras

Desde 1929 hasta hoy, «Joaquinillo» trabaja sucesivamente para «Chiquito de la Audiencia», Villalta, Corrochano, Pericás, Barrera, Pepe Luis y Pepe Marjín Vázquez.

Con Villalta estuvo desde 1932 hasta la retirada del baturro. Este, que siempre cuidó mucho de que sus peones torearan a una mano, se preocupaba de llevar una pareja de especialistas, pareja integrada al principio por «Alpargaterito» y Cástulo Martín, y continuada más tarde por Duarte y «Joaquinillo».

De la época que fué con Pepe Luis Vázquez resaltan un toro marrajo y una anécdota.

El bicho, de Alipio P. Tabernero, se hizo el amo



**UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.**

Censura
sanitaria
n.º 3976

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

El banderillero "Borlita", herido de gravedad.—Actos en memoria de "Manolete" en Valencia.—Luis Peña entregó seis mil pesetas para el Hospital de Cartagena

El miércoles, día 17, Julián Marín actuó como único matador en Fiteró. Se lidiaron dos toros de Martínez Elizondo, y en ambos cortó Marín las dos orejas y el rabo.

—En la Puebla de Valverde (Teruel) fue herido de gravedad en el bajo vientre el novillero local Ramón Perales.

—En Ciempozuelos. Novillos del conde de Guacuí. Alejandro García cortó cuatro orejas y dos rabos y fue sacado en hombros. Dorado, ovación y ovación.

—En Elche de la Sierra. Novillos de Astur. Pedrín Moreno, único matador, cortó cuatro orejas y dos rabos y salió en hombros.

—En Béjar. Novillos de Gallardo. "Toreri", dos orejas y dos orejas. "Chavito", dos orejas y dos orejas. Los dos espadas salieron en hombros.

—El jueves, día 18, además de la corrida de toros de Madrid y de la novillada de Barcelona, hubo corrida de toros en Mora de Toledo y una novillada en Torralba de Calatrava.

—En Mora de Toledo. Cinco toros de Tovar. El duque de Pinohermoso, vuelta al ruedo. Domingo Ortega, oreja y cumplió. Pepe Dominguín, dos orejas y rabo y breve.

—En Torralba de Calatrava (Ciudad Real). Novillos de Silverio Fernández. Paco Esplá, dos orejas, rabo y pata, y dos orejas, rabo y pata. Joaquín Salas, ovación y ovación.

—En Málaga. Novillos de Encinas. Juan Martínez, oreja y vuelta al ruedo. "Gallito de Dos Hermanas", aplausos y oreja.

—En Cazorla. Novillos de Herreros Manjón. Dionisio Rodríguez, oreja y bien. Sergio del Castillo, oreja y ovación. Juan Tarré, dos orejas y rabo y dos orejas y rabo.

—El domingo, día 21, además de las corridas celebradas en Madrid y Carabanchel, se lidiaron toros en Oviedo, Requena, Logroño, Salamanca, Valladolid, Eclija y Tarragona, y varias novilladas.

—En Tarragona. Un toro de Pío Tabernero, cuatro de Bernaldo de Quirós y uno de Arturo Sánchez. Beatriz Santullano, vuelta al ruedo. Mario Cabré, oreja,

dos orejas y rabo, y vuelta al ruedo en el sobrero. Fue llevado en hombros hasta el hotel. Rafael Llorente, oreja y ovación.

—En Oviedo. Toros de Arranz. Pepe Luis Vázquez, dos orejas y oreja. "Gallito", regular y regular. Pepe Dominguín, dos orejas y ovación.

—En Requena. Un novillo de Sánchez Fabrés y seis toros de Bernaldo de Quirós. El duque de Pinohermoso, ovación. Domingo Ortega, ovación y cumplió. Pepe Bienvenida, ovación y oreja. "Morenito de Talavera", ovación y aplausos.

—En Logroño. Toros de Carlos Núñez. "Parrita", dos orejas y oreja. "Rovira", dos orejas y rabo y oreja. Paco Muñoz, oreja y oreja.

—En Salamanca. Un novillo de Huberto Sánchez Tabernero, cinco toros de Albayda y uno de Molero. Juanito Balañá, ovación. Manolo Martín Vázquez, ovación y cumplió. "Choni", dos orejas y dos orejas. Pedro Robredo, aplausos y cumplió.

—En Valladolid. Dos novillos para rejoneo y seis toros de Albarrán. Marimén Clamar y el rejoneador Canastra dieron la vuelta al ruedo. Manuel Escudero, bien y bien; "Albaicín", ovación y breve. "Belmonteño", oreja y ovación.

—En Eclija. Toros de Escudero. "Gitánillo de Triana", breve y ovación. "Parrío", regular y bien. Manuel Navarro, ovación y breve.

—Procedente de San Sebastián de los Reyes, ingresó en el Sanatorio de Toreros el banderillero Mariano Cuenta ("Borlita"), que sufre heridas graves.

—En Valencia. Novillos de Pío Tabernero. Manolo Rojas, bien y deslucido. Pablo Lalanda, oreja y dos orejas y rabo. Rafael Lagartijo, regular y regular.

—En Lorca. Novillos de Dolores Antillón. "Niño del Barrio II", regular y dos orejas y rabo. Jaime Gareja, aplausos y aplausos.

—En Sanlúcar de Barrameda. Novillos de José de la Coba. "Cardeño", dos orejas y rabo y ovación. Paco Bru, vuelta al ruedo y vuelta al ruedo. "Diamante Negro", dos orejas y rabo y ovación. "Cardeño" y "Diamante Negro" salieron en hombros.

—En Zalamea la Real. Novillos de Conradi. Chaves Flores, bien y dos orejas y rabo. Ramón Cervera, oreja y oreja. Chaves Flores salió en hombros.

—El Club Taurino de Valencia celebró varios actos en memoria de "Manolete", que había sido contratado para actuar el domingo en Valencia. Por la mañana, en la iglesia de San Valero, de Ruzafa, hubo funeral dedicado al eterno descanso del alma del torero cordobés. Presidieron el capitán general señor Monasterio, el doctor Serra, los empresarios señores Puchades y Alegre, la Junta del Club y un cuñado de "Manolete", padre del novillero Rafael Lagartijo. El templo estuvo completamente lleno de fieles. Por la noche, en los locales del Club, se celebró un acto, en el que hicieron uso de la palabra el crítico "Puyita", el presidente del Club, que leyó unas cuartillas del doctor Serra; el poeta Rafael Duyos y el abad de la colegiata de San Bartolomé, que glosó la personalidad desde los puntos de vista social y religioso. Al final, todos los asistentes rezaron un padrenuestro por el alma de "Manolete".

—En Albacete. Novillos de Escobar. Adolfo Rojas, aplausos y aplausos. Juan Bienvenida, ovación y dos orejas. Torrecillas, dos orejas y ovación.

—En Jaén. Novillos de Pedrajas. Manuel González, ovación y oreja. "Niño de la Palma III", vuelta al ruedo y aplausos. Pedro Fernández, "Peñita", vuelta al ruedo y aplausos.

—En Cartagena. Novillada a beneficio del Hospital de Nuestra Señora de la Caridad. Luis Redondo, vuelta al ruedo y oreja. Antonio Caro, palmas y pitos. Luis

La corrida de la Prensa se celebró el día 4 de octubre

El duque de Pinohermoso rejoneará un toro de su ganadería, y Domingo Ortega, Luis Miguel Dominguín, «Parrita» y Manolo Navarro lidiarán seis de don Carlos Núñez y dos de don Manuel González

El presidente de la Asociación de la Prensa ha formado un nuevo cartel que responde al prestigio de la entidad y al interés que la corrida ha despertado en el público.

Esta vez dos primerísimas figuras, Domingo Ortega, el maestro de siempre, y «Parrita», el triunfador de la corrida a beneficio del Montepío de la Policía, han dado toda clase de facilidades para torear los ya famosos toros de don Carlos Núñez.

De esta forma, el cartel queda compuesto de la siguiente manera: un toro de rejones, de la ganadería del duque de Pinohermoso, que rejoneará su propietario, y seis toros de Núñez y dos de González para Domingo Ortega, Luis Miguel Dominguín, «Parrita» y Manolo Navarro, que ese día confirmará la alternativa que tomara en la última feria valenciana.

Sabe bien el aficionado lo que esto representa de esfuerzo y de sacrificio para la Asociación de la Prensa, que confía en servir de esta manera los más altos y más puros fines de la afición.

Adelantamos esta noticia y en días sucesivos en los diarios de Madrid aparecerán los detalles relativos a la reserva y adquisición de localidades. Y no queremos terminarla sin expresar nuestra gratitud a quienes tan gentilmente han dado solución a lo que por circunstancias diversas llegó a representar un problema casi insuperable.



El triunfador del día



PABLITO LALANDA
el torero de moda

Peña, dos orejas y cumplió. Caro entregó para el Hospital parte de sus honorarios, y Peña, seis mil pesetas.

—En Zaragoza. Novillos de Villá. "Curro Relampago" mató tres por cogida leve de José Puertas, "Pepete", ovación, vuelta al ruedo y vuelta al ruedo. "Pepete", pitos. Antonio Puertas, "Pepete II", vuelta al ruedo y aplausos.

—En Melilla. Novillos de Zaballos. "Madrileño", dos orejas y vuelta al ruedo. "Angelete Chico", ovación y ovación. Los dos salieron en hombros.

—En Segovia. Novillos de Rodríguez. "Toreri", vuelta al ruedo. "Valerito Chicó", vuelta al ruedo y vuelta al ruedo.

—En el pueblo de Bargas (Toledo) se desmandó, durante el encierro, uno de los toros que iba a ser lidiado el domingo, y cornéó a los vecinos Juan Rodríguez, Eusebio Sánchez y Paulino Pérez. El primero sufre heridas gravísimas, y los otros dos, graves. Los heridos fueron trasladados a Toledo.

—El lunes, día 22, hubo corridas de toros en Logroño y Talavera de la Reina.

—En Logroño. Toros del conde de la Corte. Pepe Luis Vázquez, silencio y oreja. "Andaluz", pitos y pitos. Paco Muñoz, dos orejas y rabo y ovación.

—En Talavera de la Reina. Toros del conde de Ruiseñada. Domingo Ortega, dos orejas y dos orejas y rabo. "Parrita", pitos y dos orejas y rabo. "Rovira", pitos y dos orejas.

—En Noya. Novillos de Tabernero. Paco Agudo, dos orejas y rabo y dos orejas y rabo. Curro Díaz, vuelta al ruedo y dos orejas. Los dos matadores salieron en hombros.

—El martes, día 23, se celebró la tercera feria en Logroño. Seis toros de Domecq y dos de Francisco Chica. Pepe Luis Vázquez, pitos y pitos. "Parrita", oreja y protestas. "Rovira", dos orejas y división de opiniones. Paco Muñoz, ovación y silencio.

—El alcalde de Córdoba dió cuenta de que ha sido autorizada por el Ministerio de la Gobernación la suscripción para el monumento que se ha de erigir en dicha capital a "Manolete". La suscripción tendrá carácter internacional. El monumento se emplazará en el campo de la Merced, y se anunciará un concurso de proyectos. El Ayuntamiento piensa dirigirse a la Prensa de Méjico para que haga campaña favorable a esta suscripción.

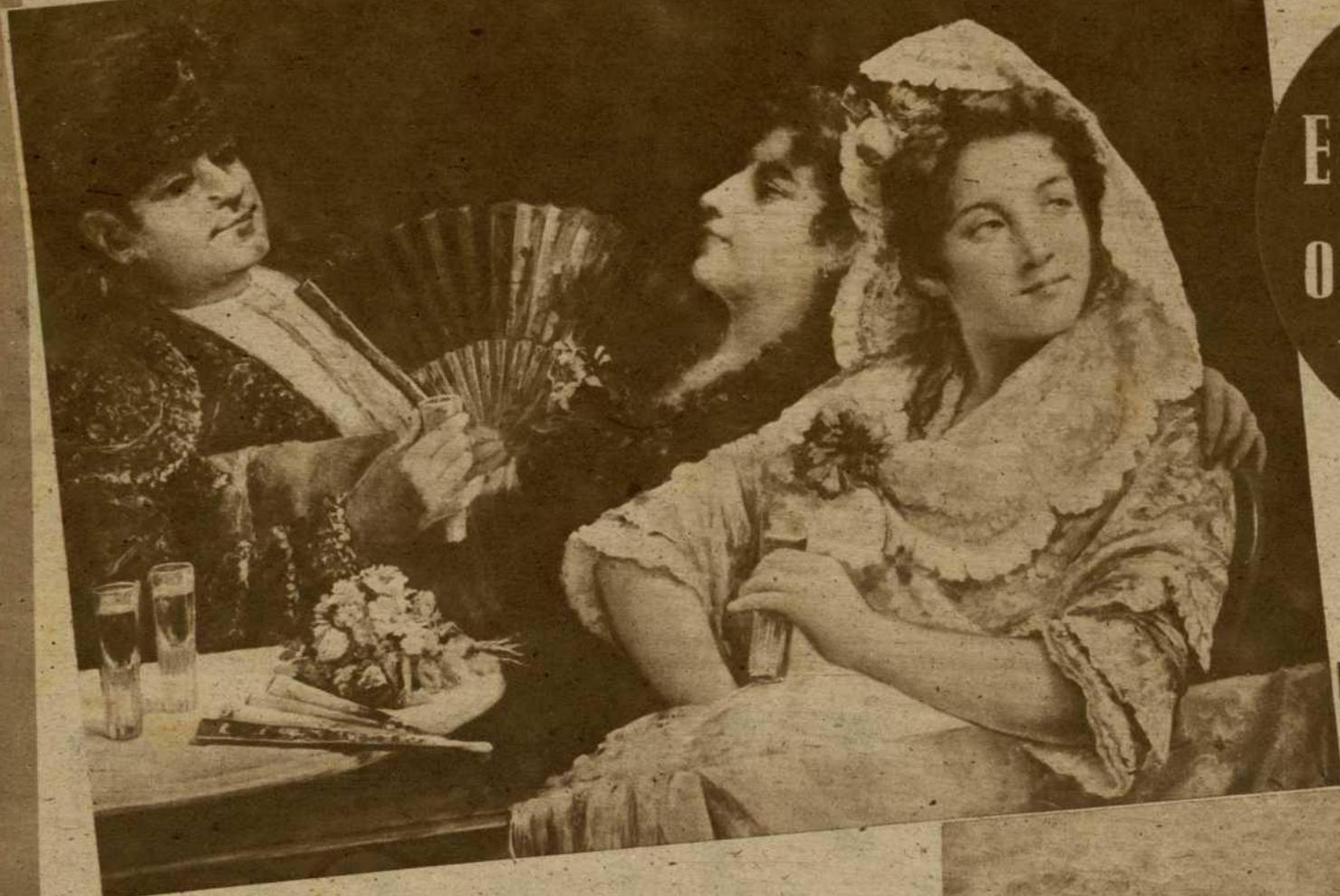
—En Armenia (Colombia), el pasado domingo se celebró una novillada, actuando los toreros españoles "Machaquito" y "Juan de Lucas", que hicieron el paseo montera en mano y guardaron un minuto de silencio en memoria del glorioso "Manolete".

El primer novillo dió un puntazo a "Machaquito", ingresando en la enfermería, quedándose sólo Juan de Lucas, el que terminó la corrida, que fué grande y poderosa, obteniendo un gran triunfo, cortando orejas y, al final, sacado en hombros hasta el hotel.

El arte y los toros

El siglo XIX o la transición pictórica

«Un palco en la corrida de toros».
Cuadro de Alarcón, realizado en
los finales del siglo pasado



HAY un momento en el arte español en el cual parece que todo el gran edificio pictórico va a venirse abajo, a desmoronarse, falto de la consiguiente y necesaria estabilidad. Es ese momento en que España, indecisa e insegura, no sabe qué rumbo tomar; es ese instante de vacilación en el que caben y son posibles todos los heroísmos o todas las debilidades; es esa fase crucial de los pueblos en la que se elaboran a fuego lento los acontecimientos más trascendentales de la Historia. La política, los hechos o avances sociales, el estado de ánimo, enfervorizado o decadente, de los pueblos, marca el esplendor o la debilidad de todas las actividades; y el arte, reflejo de las emociones del espíritu, traza su ruta a compás del ritmo batallador de las inquietudes y apetencias pasionales del momento. El siglo XIX marca o señala en el arte, y especialmente en la pintura española, una fase insegura de transición. Colocado entre un pasado glorioso y un futuro incierto, para el que se vislumbran ciertos avances *snobistas*, cae en una mediocridad ejecutiva y una vulgaridad temática, que pone en peligro su vitalidad vigorosa. Hay una pugna entre un clasicismo que intenta resucitarse, aun a pesar de la honda y demoledora corriente romántica, y cierto naturalismo que ha de preparar el camino a los impresionistas. Los pintores, influenciados por el ambiente, arrastrados por una corriente que amenaza con destruir los firmes sillares sobre los que se asienta el arte del color, buscan en la Historia y en el cuadro de género el agobiador motivo de sus composiciones. Es el momento grave de una enfermedad perniciosa, que había de enrarecer sensiblemente la atmósfera artística. La contaminación se extiende por doquier, y sólo el mal hace crisis cuando un grupo de pintores rompe las atrozantes ligaduras que le sujetan a ciertos compromisos de época, y sin trabas, libre de prejuicios y de convencionalismos, planta su caballete frente a la esplendorosa Naturaleza, que les ofrecerá, en un motivo trivial cualquiera, el asunto para el cuadro. Así, de esa rebeldía, por esa nueva visión del arte, por esa y de esa emoción estética que les dominará a lo largo de su vida, surgirá, con Domingo Marqués, con Cecilio Pla, con Pinazo y con Emilio Sala, y más concretamente con Sorolla, la auténtica y verdadera pintura, que habrá de dejar una honda huella en los finales del siglo. Sorolla será el gran maestro del color y de la luz. Hasta entonces, el arte habíase sumido en tinieblas,

reinado en sombras, y Sorolla frente a la tranquilidad del mar Mediterráneo, en la valenciana playa de la Malvarrosa, recogiendo el sol, lo lleva a la tela, juntamente con las verdes y azules reverberaciones de las aguas marinas. Tal vez se sienta impelido por la pintura paisajística de Sisley, y más aún por el arte transformador de Renoir, de Degas o de Manet, que en el viejo París aun luchan sus obras por imponerse y sentar escuela; pero es más cierto que Sorolla no necesita de tales enseñanzas, puesto que, independiente desde el primer momento, la claridad mediterránea que iluminó su vida, pasando a través de su paleta, viene a consolidarse por un mágico poder de espejismo pictórico en el blanco e impoluto lienzo sobre el que va a trabajar el maestro. Es decir, que la tan cacareada revolución del arte de la pintura se lleva a efecto cuando el siglo agoniza y el romanticismo, detractor teórico del clasicismo, se pierde o desvanece ya, entre perfumes de flores marchitas y lánguidos suspiros femeninos.

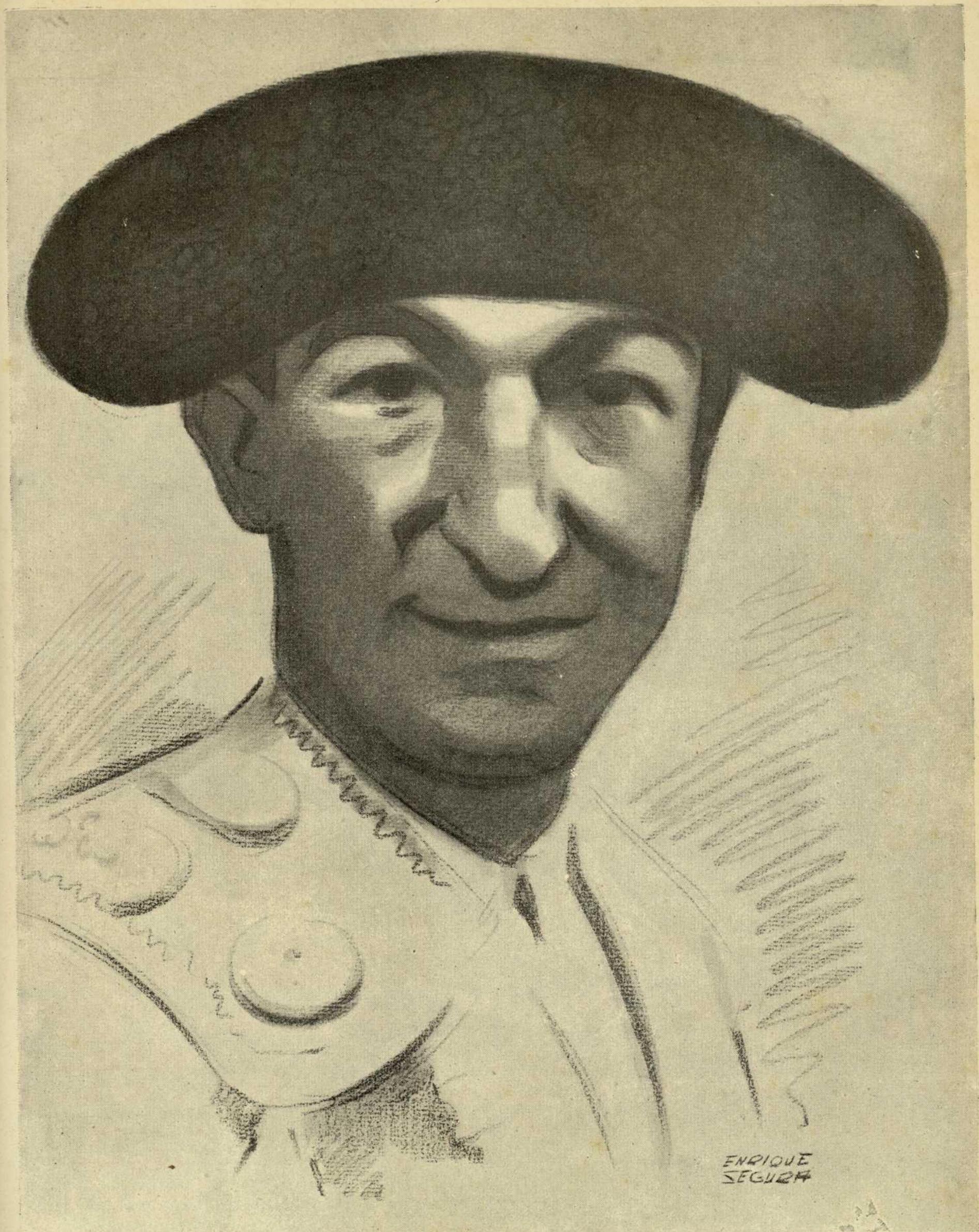
El siglo XIX, plétopico de valores, no es sino un siglo de transición, un siglo que denodadamente pretende renovarse y no lo consigue, porque los hombres, buscando la libertad de acción, no hacen sino sujetarse aún más a las sólidas ligaduras del pasado. El siglo anterior ejerce todavía demasiada influencia en las gentes para lograr esa emancipación que se precisa para transformar, no ya el estilo, sino la estética. El siglo XIX marca, con la bondad indiscutible de mucha de su pintura, la decadencia del género o tema histórico y museal. Lo que ha de venir después podrá ser mejor o peor,



«Grupo de toreros». Oleo de Rocafull, gracioso de ejecución, característico del siglo XIX

más o menos honradamente concebido y ejecutado; pero vibrará con un aliento nuevo, que puede ser fuente y origen de una bella pintura que refleje con una honda emoción las inquietudes del momento. Lo falso, lo convencional, va quedando atrás, para surgir la verdad con toda su fuerza en una puesta de sol, en un niño saliendo del baño o en una barcaza cargada de buena y plateada pesca. La belleza será siempre sinceridad, y lo que no responda a ello, siempre podremos considerarlo como un remedo del arte, y en este caso, de la misma pintura.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



Banderilleros actuales: Joaquín Delgado, «Joaquinillo»



J. Comas Pecosín

Joaquín Rodríguez, «Costillares»

En el fondo se ve el torero Joaquín Rodríguez.